

LA POLICIA DE PARIS.

DRAMA EN

CINCO ACTOS EN PROSA

POR

Aquilino León.



1882—BOGOTÁ.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE TORRES AMAYA.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

FROM

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

INTRODUCCION.

Valgan por ella las siguientes líneas.

Ya casi destruido hemos encontrado un folleto, edición de Valparaíso, en que el célebre literato francés Adolfo Belot narra uno de esos grandes crímenes que suelen cometerse en las ciudades populosas á la luz meridiana, y que, envueltos en los complicados sucesos de una transformación política, no dejan huella alguna que pueda dar idea del autor, y confunden y exasperan á la más activa Policía.

Tal es el asesinato ú homicidio cometido en la casa número 6 de la Calle de la Paz en París, acaecido al espirar el año de 1847; es decir, en los momentos de la caída del rey Luis Felipe y de la existencia fugaz de la República francesa de 1848, que apagó Napoleón III con el soplo que se hubiera necesitado para extinguir la luz de una bujía.

Sirviéndonos de base esa narración, hemos escrito la presente obrecilla dramática; y, como desconfiamos mucho de nuestras aptitudes para esta clase de trabajos, la sometimos al juicio crítico de varios distinguidos literatos.

Hé aquí algunos de sus conceptos :

BOGOTÁ, 6 DE JUNIO DE 1889.

SEÑOR DOCTOR AQUILINO LEÓN—PRESENTE.

Mi estimado amigo :—Seguramente que una de las ramas más espinosas de la literatura es la del teatro. Y no es para menos, pues las dificultades con que hay que luchar para no caer en un despropósito, son muchas y muy difíciles de superar, y más hoy cuando nuevas escuelas están llamando la atención con sus atrevimientos.

Hase notado de algún tiempo á esta parte gran decaimiento para esta clase de trabajos literarios entre nosotros ; apenas si algún esfuerzo asoma de vez en cuando como á hurtadillas para hacernos ver que el ingenio no ha muerto y que los sucesores de Vargas Tejada pudieran, si para ello estímulo hubiera, alzarse á la altura que el objeto requiere. ¿ A qué se debe ésto ? Ya lo dije, y no me arrepiento de ello. Es la falta de estímulo la que entre nosotros mata en cierne toda semila que pudiera dar frutos más que opimos.

Y ésto no es de ahora, mi querido amigo, ni es enfermedad propia sólo de estas regiones. Ya por allá en 1837 el malogrado crítico español, tratando de levantar de la postración en que había caído el teatro, decía: “ Demasiado conocido y sabido es por todos que en el actual estado de sociedad que alcanzamos, ésta, (habla del teatro) que en sí no es más que una diversión, es una diversión indispensable; una diversión que dirige la opinión pública de las masas que la frecuntan ; un instrumento del mismo gobernante cuando quiere hacerle servir á sus fines ; una distracción que evita que los ociosos turbulentos piensen y se ocupen en cosas peores ; un morigerador, en fin, de las costumbres, que son en nuestra opinión el único apoyo sólido del orden y de la prosperidad de un pueblo.”

Esto decía Larra en aquellos tiempos al lamentar el desaliento de los ingenios y la postración de los actores. Y cuando él se preguntaba, como ahora podríamos preguntarnos nosotros, á qué se debe ese marasmo, se contestaba (y juzgue usted si ésto puede aplicársenos con justicia):

“ Un público indiferente á las bellezas, heredero de una educación general mal entendida, é ilustrado superficialmente, es el primer eslabón de esta miserable cadena. Cuando los poetas ven al público aplaudir dramas execrables, no sospechar siquiera la existencia de bellezas positivas, que tantas vigiliass les han costado, no tardan en sucumbir y en repetir con Lope de Vega :

“ Puesto que el vulgo es quien las paga, es justo

“ Hablarle en necio para darle gusto.”

Y no se vaya á creer que este silencio pudiera tener otra

causa que la apuntada ya. Hubo un tiempo en que nuestro teatro fué alumbrado como por una inmensa llamarada, que luego se extinguió para dejar apenas una que otra brasa que después suele alumbrar en la noche á que hemos llegado, como si fuera el recuerdo de un tiempo más feliz. Caicedo Rojas, los Pérez (Santiago, Felipe y Lázaro), Samper y Arias Vargas, y hoy Leocadio Camacho, amén de muchos que fuera de la capital han brillado, son nombres que se recuerdan con placer y que dieron honra á nuestro teatro.

Estas consideraciones me han venido al pensar en el trabajo que usted tuvo la galantería de sujetar á mi criterio. Su esfuerzo, pues, aunque no tuviera el mérito que encierra, tendría en su desempeño el del valor para aplicar su ingenio á un ramo tan olvidado ya. Feliz hoy el autor que, en medio de esta grande inundación de dramas extranjeros, pudiese alzar el brazo para sacar ilesa su obra!

“La Policía de París,” drama en cinco actos, tiene por objeto la inquisición de un delincuente que no dejó huella alguna al cometer un asesinato. Tres son los grandes caracteres que juegan en este drama, que son: Julia la viuda, quien jura vengar la sangre de su esposo muerto, Savari el asesino y Vibert, agente de policía. El interés de Savari para ocultar su crimen ayudado por su talento prestigioso, la tenacidad femenil de la viuda para cerciorarse de la sospecha que tiene de que Savari fué el asesino, y la sajadad incontrastable de Vibert, son los resortes que dan movimiento á la trama é interés al desenlace.

Es muy feliz la idea de que Julia en connivencia con el agente de policía se proponga cautivar por medio de sus grandes atractivos á Savari, quien nunca la había visto, á efecto de entrar á su corazón y robarle el secreto. Desde luego que ante un carácter generoso, esta acción no se puede calificar de hidalga. Sin embargo, toda traición tiene su castigo tarde ó temprano: la que creyó jugar con fuego, salió incendiada, pues acabó por creer inocente á su adorador y dejarse coger en la red de una pasión volcánica que incendiaba á Savari, y hé ahí el verdadero drama. ¿Pero cómo no creerlo ella inocente, cuando hay un tal Langlade que confiesa ante el Tribunal que él fué quien asesinó á un hombre en tal calle y en tal día? Raras coincidencias! Era cierto que ese hombre había matado á otro en la misma calle, en el mismo día en que Savari había dado muerte al marido de Julia.

La verdadera pasión ciega y hace olvidar toda mancha en el objeto amado, aunque ésta sea de aquellas que nunca pueden limpiarse en la vida. Julia promete al fin ser la esposa de Savari y éste en un arranque de remordimiento, le confiesa su crimen para que lo perdone de antemano; le pinta aquel acto como un rapto de despecho por un ultraje inferido á su amarga situación de entonces; pero cuál sería su sorpresa cuando ella le dijo: “Yo soy la viuda de Mauricio Vidal!” El hombre estaba perdido desde

aquel instante, tanto más cuanto que Vibert, el ojo implacable de la policía, aparece por detrás de una vidriera.

Los dos criminales convictos y confesos deben ir á la guillotina; pero ellos lo eluden, suicidándose Langlade y haciéndose matar en una barricada de una calle vecina Savari, quien viene á morir en brazos de Julia. Es de advertir que la acción pasa en París en el año de 1848, en tiempo de la revolución hecha por los republicanos á Luis Felipe.

“ Juzgado el drama en conjunto, aparece que los caracteres en lo general están bien sostenidos, que la urdiembre hace tomar interés ascendente en los últimos actos, que los diálogos son naturales y que el desenlace sorprende, pues no se presume durante el desarrollo de la pieza. Cualidades son éstas que, unidas á su prosa castiza y dicción correcta, hacen de este drama judicial una pieza de no escaso mérito. Es necesario comprender las grandes dificultades que hay que vencer al escribir para el teatro, á fin de poder estimar el mérito de una obra de esta clase.”

“ Usted, mi querido amigo, ha dado á comprender que no todos los que se familiarizan con las Siete Partidas, don Juan Sala y los Códigos, se esterilizan para obras literarias, pues que siempre ha mantenido comercio con las Musas.”

Antes de concluir, me permito algunas observaciones que la lectura de su bello drama me ha sugerido. Me parece inconducente, ó como de sobra la escena V del primer acto. Como que no está bien una tan erudita y científica conversación entre Vidal y un portero, y ésto en momentos en que corre el tiempo para ir á la estación á encontrar á su amada esposa. Acaso sería conveniente darle otro giro á la escena IX del mismo acto, en que figura un cerrajero que parece que hubiera venido del viaje con Julia, pues sin que hubiera sospecha siquiera de que Vidal hubiese sido asesinado llegan á descerrajar la puerta, por el hecho sólo de encontrarla cerrada; á ese personaje, que es necesario más tarde, debe dársele entrada de otra manera. La escena II del tercer acto peca contra la celeridad de acción que hoy tienen los dramas. El público no oirá sin impaciencia un interrogatorio de un juez á un sindicado, si éste es de las dimensiones cel que me ocupo, por interesante que él sea. Es porque esta clase de desleimientos detienen la acción y tanto más mortifican cuanto más interés imprima el drama. Cierta es que lucen la sagacidad del Juez y el talento del acusado para no dejarse sorprender hasta el extremo de burlar la perspicacia del que lo acusa con sus preguntas; pero todo ésto estaría bien para una novela, no para representar en las tablas.

Réstame decirle, para satisfacción suya, que el final del cuarto acto es de un grau mérito, y que posee verdaderos golpes teatrales.

Por ingratas que sean estas tareas, usted merece felicitaciones, y ya que ha empezado con buena fortuna, ojalá que robara á sus

ocupaciones algunos ratos y los dedicara á esta clase de trabajos. Para hombres como usted la mejor retribución consiste en el aprecio de los hombres de letras, y usted lo tendrá indudablemente.

Temo haber hecho lo que no quisiera, y es deslustrar en algo el mérito de su obra con elogios mal aplicados ó con observaciones peor traídas.

De todas maneras usted se servirá perdonar á quien, si ha hecho el mal, no ha sido debido sino á su insuficiencia y de ninguna manera á su mala voluntad.

J. DAVID GUARÍN.

SEÑOR DOCTOR AQUILINO LEÓN.

Estimado amigo nuestro :—No por la pericia que nos corresponda en achaques dramáticos, cuanto por la bondadosa amistad con que usted nos distingue, ha querido que le emitamos concepto sobre la pieza que con el título de *La Policía de París* ha escrito últimamente. Hecha la salvedad de nuestra insuficiencia, y la no menos sustancial de que apenas conocemos de nombre la obra francesa que le ha servido de base para el arreglo del drama, emitiremos á usted, con toda imparcialidad, la opinión que de él hemos formado. El argumento de la pieza es asunto tan feliz y de tanto interés dramático, que muy probable es que haya sido ya antes que por usted aprovechado por algún dramaturgo francés ó español, lo cual, por supuesto, no minora en nada el mérito que á usted corresponde como creador de esta nueva pieza. Por otra parte, nuestra literatura, incipiente en este ramo, tiene que contentarse, como lo hizo la de la Península por muchos años seguidos, con imitar, traducir ó arreglar los modelos franceses, y cuando más con apelar á la epopeya histórica para sacar de ahí temas patrióticos ó de circunstancias. Esto lo puede usted comprobar con la enumeración de los trabajos dramáticos efectuados por colombianos. *La Pola* ha sido llevada á la escena por cuatro escritores: el año 26 por don José Domingo Roche y posteriormente por Genaro Santiago Tanco, Carlos Albán y el doctor Medardo Rivas. En los albores del nacimiento de nuestro teatro figura, al lado del original sainete *Las Convulsiones*, la tragedia *Guatimoc* de don José Fernández Madrid. Una de las piezas que mayor eco han despertado en nuestro teatro fué *Miguel de Cervantes*, compuesta por el literato Caicedo Rojas. Samper escribió *La Conspiración del 25 de Setiembre*, y la primera ópera nacional, producto del ingenio poético de Raf. el Pombo, versa sobre el explotado argumento de *Florinda* y los moros en España. El tradicional episodio del Oidor Cortés de Mesa fué acomodado á la escena por dos plumas de diversa inspiración : la de don Eladio Vergara y la de Germán Pi-

ñerez. Francisco de Paula Torres escribió el *Gonzalo de Córdoba*; Felipe Pérez el *Gonzalo Pizarro* y su hermano Santiago el *Jacobo Molay*; Emilio Macías Escobar, *El Virey Solís*; Inocencio Cuca-lón, el *Nueve de Octubre de 1820*; Quijano Otero y Angel María Galán, *El último Boabdil*; y usted mismo hizo su estreno como autor dramático con su aplaudida pieza *Los bordes del sepulcro*, en que se recuerda uno de los más conmovedores episodios de la guerra de la Independencia. Cuanto á la imitación de las obras dramáticas extranjeras, ó á utilizar los argumentos de novelas francesas, los ejemplos no son menos abundantes: ahí tiene usted á *Pascual Bruno*, del doctor Leopoldo Arias Vargas, representado con mucho aplauso en 1857, y cuyo argumento está tomado casi íntegramente de la novela de Dumas padre que lleva el mismo título; *La cuna y el genio* de Henrique Alvarez, idea de la novela de Julio Nombela, *Un hijo natural*; *El 18 de Julio ó viva la Federación!* comedia en un acto de Honorato Barriga, calcada, si así puede decirse, sobre la pieza humorística del actor Romea y de Bretón, que se titula *La ponchada*; *La expiación de una mujer*, escrita por el señor Constancio Franco V., y la cual es una *Dama de las camelias* nacionalizada; *La guarda del campamento*, zarzuela de José Manuel Lleras, llena de las reminiscencias españolas de obras de esta clase, y, por último, para no fatigar á usted con más citas, le diremos que todos los ensayos que en este género literario trabajó José Joaquín Borda fueron hechos sobre el asunto de alguna novela francesa.

« Calificado de altamente dramático el argumento de *La Policía de París*, ha conseguido usted lo primero que busca un autor: despertar la atención del público; interesar con el nudo de la trama y con la preocupación que despierta en la mente una situación difícil ó desgraciada de un personaje. Consecuente con el título de la obra, desenvuélvese en ella la acción sin olvidar un momento poner de relieve la suspicacia, la habilidad, el arte y el talento de funcionarios de instrucción que persiguen con la honradez del hombre experimentado y de mundo la investigación de un crimen y el responsable de él. Esta circunstancia y la de no decaer el interés por la ansiedad con que se aguardan las preguntas del Juez y las respuestas del acusado, hacen que el 2º y 4º acto, aun cuando con cierta uniformidad en su desarrollo y sin el señalado aliciente que presta á la escena el cambio seguido de situaciones, sean escuchados con toda atención y sin que ninguno de los dos parezca largo. »

Aun cuando en el acto cuarto la acusación y la defensa del reo son un modelo aplicable á lo que pasa en los juzgados de Colombia, al par que una crítica elevada é ingeniosa de la manera cuasi rutinaria y de cartabón con que tales trámites se efectúan entre nosotros, y aun cuando en el acto segundo sobresale el diálogo por la repentina volubilidad de ingenio y de sagacidad del funcionario investigador, parécenos que las dificultades vencidas para dar

animación á la escena en el desarrollo del argumento, forman del acto tercero la corona de la pieza. En éste nada hay de más: la prontitud y oportunidad en el diálogo; las situaciones á propósito para seducir el corazón de un hombre envejecido en el mundo sin haber entrado á él por la puerta común de los desengaños amorosos; la conversaci6n de gentes *sans façon* que forman aquel círculo de convidados, á los que no se escapan palabras que puedan chocar en ninguno de los ámbitos del teatro; todo ésto le da un mérito imponderable.

Resaltan en el quinto acto, lo mismo que en el segundo, tercero y cuarto, la precisión en el diálogo, la redondez y naturalidad en las frases, sin que se extiendan á pormenores ajenos á la esencia del asunto. En la exposici6n de la pieza ó sea el primer acto, quisiéramos ver aligerada la acci6n hasta donde fuera posible, reduciéndola á los límites ó nombre de *cuadro*; lo que puede verificarse sin dificultad con el recorte de algunas frases extrañas á la acci6n. También parecenos que muerto Mauricio Vidal, es inconveniente su presencia en la escena cuando ésta continúa.

Es costumbre general que el tel6n oculte rápido la ficci6n de una realidad tan poco á propósito para simularse con entera propiedad. ¿Por qué no llevarlo á morir á su alcoba después de escribir la carta que lega á su mujer para que le venga?

El episodio intercalado en el cuarto acto y que tiene también su desenlace en el último, á más de ser oportuno é indispensable para dar vida á la escena en momentos en que el hilo del argumento, por la naturaleza del plan, queda como en suspenso, está tratado con mucho tino, y sólo es objetable, porque destruye el efecto total de la pieza con la muerte de Langlade y de Estefanía Cornu en la escena; aún más inoportunas cuanto acontecen antes que la del protagonista y distraen la atenci6n del espectador evitando que toda élla recaiga sobre la suerte del personaje principal.

Tiene el drama de usted la particularidad agradable, que raras piezas cuentan, de hacer figurar el amor como accesorio interés del argumento; aún cuando la novedad de la trama convierte á última hora en tema principal los amores de Julia con Savari, y el desenlace lleva al ánimo del espectador la saludable enseñaanza de que el engaño no es bueno ni aún para buscar por medio de él la justicia humana; procurando de este modo la enseñaanza de deducci6n, que es como se prodiga en el teatro la semente de la moralidad y de la virtud.

El sentimiento del amor que nace por medio del fingimiento, y como impensadamente, en el pecho de Julia, va á recordar al público dos dramas muy notables, *Rita la Española* y *La mujer sin corazón*, pieza arreglada del francés por nuestro querido amigo Don José María Gutiérrez de Alba.

(*a*) Mayores encomios pudiéramos tributar á usted por la plausi-

ble obra que ha acometido y llevado á cabo con notoria habilidad; pero creemos que el público, juez mejor que nosotros, es el encargado de prodigarle los aplausos que merecen sus esfuerzos, y que los otorgará á usted, no hay duda, la noche del estreno del drama. //

Nos repetimos sus estimadores y amigos.

VENANCIO G. MANRIQUE.—ISIDORO LAVERDE A.

Atentos á estas oportunas y fundadas observaciones y á algunas otras, que no insertamos por falta de espacio, hemos hecho las modificaciones y supresiones respectivas.

En cuanto á los conceptos favorables, los creemos hijos de aquella fina galantería que tanto luce en el lenguaje de la gente bien educada.

Pueda este imperfecto ensayo dar á conocer cuánta amplitud de facultades conceden las leyes de las naciones civilizadas á los encargados de descubrir y aprehender á los delincuentes; cuánta es la diligencia y la probidad de aquéllos, y cuánto vale en esos casos el auxilio de una mujer de talento y de corazón, guiada por el nobilísimo sentimiento del amor conyugal, floreciente aún sobre la losa del sepulcro del consorte!

Bogotá, 20 de Julio de 1882.

EL AUTOR.

PERSONAJES:

Mauricio Vidal.

Julia, esposa de éste (Después Condesa de Rubini).

Alberto Savari.

Vibert, agente de Policía (Después Conde de Rubini).

Marietta, criada de Julia.

Gourbet, Juez de instrucción.

Cordier, Escribano.

Pelagia d' Ermont.

Adela.

Armanda.

Estefanía Cornu.

Calvet.

Beome.

Héctor Langlade.

Un portero, Jueces y Jurados, Fiscal, Defensor, Gendarmes.

La escena pasa en París en los últimos meses del año de 1847 y en los primeros de 1848.

Vestidos, muebles &c. de la época expresada.

ACTO PRIMERO.

Casa de Mauricio Vidal en la Calle de la Paz.

ESCENA I.

VIDAL Y EL PORTERO DE LA CASA.

Portero. Hé aquí las cartas que os han traído de ultramar y de Marsella. Creo halagar con ellas vuestros oídos y vuestro corazón.

Vidal. ¿Por qué?

Portero. Porque siempre os veo recibir con avidez y entusiasmo la correspondencia que procede del Mediodía: ella es para vos lo que el sol para las plantas, os reanima y vivifica.

Vidal. Oh! Sí! Regularmente es de Julia, quien, como tú sabes, hace tres meses se ausentó de París, y desde entonces carece de luz, de perfumes y de alegría este modesto recinto.... La ausencia!.... La ausencia se parece á la muerte!.... Vete. Si te hubiere menester te llamaré.

Portero. Buenos días! (*Va á partir y luégo regresa*). Olvidaba decirnos que ayer por la mañana os buscó con mucha urgencia un sugeto.

Vidal. ¿Quién era él?

Portero. No dijo su nombre ni dejó dirección.

Vidal. ¿Cómo era ese hombre?

Portero. Alto, blanco, esbelto, rubio, frente levantada, bien parecido....

Vidal. ¿Qué más?

Portero. Parecía contrariarlo mucho el no haberos encontrado, y demostraba estar cansado.

Vidal. ¿Dijo que volvería?

Portero. No señor.

Vidal. (*Después de un momento de reflexión*). Importa poco la visita de ese caballero.

Portero. Señor Vidal, ¿soy yo un buen portero de la casa?

Vidal. Eres un portero en grado superlativo, sabes cumplir tu deber.

Portero. Bien! (*Vase*).

ESCENA II.

VIDAL.

—Véamos (*Lee las cartas*). “Génova &.^a—Caro esposo mio. Creo que tú no tengas idea completa de lo que yo sufro aquí, lejos de ti, y en los mismos lugares donde ha muerto mi madre (q. p. d.) Si has pensado alguna vez en lo que debe de ser el vacío absoluto, si has considerado que el infierno consista quizá en la negación, en la carencia, en el abandono de todos las santas aspiraciones del alma; ya podrás comprender cuál será mi dolor y cuál mi hastío.” (Sí, te comprendo, Julia: tienes la más exquisita sensibilidad, y eres capaz de medir todas las desgracias y todas las felicidades).—“Génova no tiene ya para mí el mismo atractivo que antes: me parece un vasto desierto. Yo no volveré á ella sino en caso de absoluta necesidad.—En el próximo vapor tomaremos pasajes Marietta y yo. El tiempo está bueno, y juzgo que nos serán ligeras y propicias las aguas del Mediterráneo.—Volveré á escribirte de Marsella.—Te abrazo, pienso en ti y te envío mi corazón.—Julia”

—Qué tesoro de ternura! Admirable mujer! Desde que en hora venturosa me uní á ti, yo te pertenezco exclusivamente y amo el dulce yugo que has impuesto sobre mí. Julia! si hay ángeles sobre la tierra, tú eres uno de ellos. (*Lee la otra carta*). “Marsella &.^a.... Hémos llegado á esta ciudad sin accidentes. La navegación ha sido muy feliz.—Marietta va muy contenta, y es tan leal y fina como siempre.—Dentro de una hora tomaremos la diligencia, y el 19 estaré cerca á tí. Saldrás á encontrarnos en la estación; ¿no es verdad? Así lo espera tu esposa que te adora.—Julia.”

—Amar y ser amado, hé aquí la dicha.... Dios santo! Habeis extendido la ley inefable del amor desde el insecto hasta el cielo, desde el mar hasta las serranías: las cimas nevadas del Monte Blanco reciben el beso blando y sutil que les envían el Atlántico y el mar Interno; la alegre golondrina trae á la tierra el mensaje cariñoso de la primavera; al calor del Universo brota la mies, y el gusano de seda crece al plateado resplandor de la luna..... Oh Providencia, vos sois el vínculo eterno de este múltiple, universal y perpetuo amor! (*Se oye á lo lejos el ruido de unas descargas de fusilería. Yendo al balcón*) ¿Qué es éso?... Ah! estamos atravesando una crisis política: el mismo pueblo de 1,793, empuja ahora la monarquía para darle otra vez acceso á la República; se despoja de las vestiduras de súbdito para tomar las de ciudadano; coloca en las puntas de sus bayonetas el gorro frigio, y va á hollar el trono. Pueblo, sois una tempestad! Dios salve á

la Francia! (*Pausa*) Véamos ahora nuestras cuentas, es preciso no perder tiempo (*Abre un libro de cuentas, examina y escribe pavidamente*). Arrendamientos..... Contribuciones..... Clientes en negocios de bolsa..... Pérdidas y Ganancias..... Treinta mil francos en manos del señor Rostain para comprar renta en nombre de Julia.... Pagarés.... Cincuenta mil francos que me adeuda Alberto Savari, sin que el honor le impulse á saldar esta cuenta. (*Con acento solemne*) Alberto Savari, jamás habeis practicado las leyes á que el hombre debe someterse en sociedad para ser honorablemente rico y estimado!..... En fin, aqui sobran 25 luises, que invertiré en el recibimiento de Julia. (*Tira de una campanilla*).

ESCENA III.

VIDAL Y EL PORTERO.

Portero. ¿Qué mandáis, señor?

Vidal. ¿Sabes tú que Julia llegará hoy?

Portero. No señor; no sé nada.

Vidal. Sí, y he de ir á encontrarla en la estación.

Portero. ¿Y qué deseáis?

Vidal. Todo cuanto pueda hacer agradable á Julia esta mansión.

Portero. Aseo, renovaciones, flores, perfumes &c. ¿No es verdad?

Vidal. Sí, todo cuanto esté á tu alcance.... Ya ves, es tan buena, es tan bella, es tan amable!

Portero. ¿El piano?

Vidal. Ella no tocará porque guarda luto á su finada madre. Vete.

Portero. Ahora mismo: todo está á la mano; tengo magnificas flores. Después saldré á visitar á un amigo, ínter vais á la estación.

Vidal. Está bien. (*Sale el Portero*).

ESCENA IV.

VIDAL.

“Dadme flores y perfumes para dormirme suavemente en el sueño eterno,” decia hace más de cincuenta años el inmortal Mirabeau, no lejos de este sitio, cuando la muerte narcotizaba aquel cerebro inmenso. Perdonad; oh gigante de los parlamentos! el que tome vuestras postreras palabras para aplicarlas á mi trivial alegría.... Sí, flores y perfumes daré á la más seductora y feliz de las mujeres.... Me parece que la veo con sus grandes ojos azules, con su téz morena de leve rosado, con su profusa y negra cabellera, con su óvalo, cuyo contorno envidiarían las Vir-

genes del Purigen! Caprichoso contraste, en donde se adivina el purísimo rayo de la luz de Italia.... Flores! vosotras naceis al aliento embalsamado de la mañana y os sonrien el cielo y la tierra y los amores.... Perfumes! vosotros sois los hijos de la rosa y del jazmin, y el soplo de la tarde os mece entre sus ondas deliciosas.... Flores! posais en el pecho de las damas, y le servis de lenguaje al corazón.... Perfumes! llenais de aroma el aliento que se respira en los festines.... Flores y perfumes! vosotros sois llevados por las manos inocentes de los niños á los templos donde la Divinidad recibe culto. Cuando estais allí, os pareceis á las estrellas, que son las azucenas del cielo brotadas á los piés de Dios. (*Se oyen descargas lejanas de fusiles. Pausa*) París! A dónde estais dirigiendo esos proyectiles, es al corazón de la Francia, ó es al corazón de los reyes? Vos misma no lo sabeis. Levantásteis el trono para hundirlo luégo; creásteis la República y ella se suicidó.... París, Francia, os perdeis!.... Detrás de las locuras de la libertad, están el Consulado y el Imperio.

ESCENA V.

VIDAL Y ALBERTO SAVARI.

Savari. (*Se presenta agitado y convulso.*) Señor Vidal! Excusadme. Acabo de estar en un restaurante de los boulevares y he bebido mucho vino para aturdir mi pensamiento y embotar mi sensibilidad.... Sabeis?.... He embriagado mis potencias porque padezco, y padezco porque os debo.

Vidal. Habláis como si estuvieseis en perfecto uso de la razón. No parece que os perturbe el licor, y es ahora cuando yo sé que con las copas se balancean las cuentas.

Savari. No, no se balancean; pero sí se adquiere el valor suficiente para entenderse con un acreedor de vuestro temple, y para explicarle con franqueza el estado de la fortuna y la difícil situación del deudor. Oid, señor Vidal.

Vidal. Sentaos si gustais.

Savari. (*Haciéndolo.*) Ya en la Bolsa me habeis tratado mal, muy mal por los cincuenta mil francos que os debo; habeis pretendido arrojarme por la escalera y hacer que ese Establecimiento pusiera punto final á los negocios conmigo; es decir, habeis querido humillarme y reducirme á la mendicidad. No obstante, olvido aquello, y os quiero manifestar que no puedo pagaros, aunque lo deseo, porque no tengo dinero, y si me exhibiereis como un deudor insolvente, como un estafador con quien no se puede tratar, me acabareis de arruinar, me quitareis el crédito de que aún gozo en la Bolsa y del cual vivo....

Vidal. Eso me importa poco.

Savari. Vais á ser la causa de todo mi infortunio, señor Vidal; no me comprometais; tened consideración por mí. Ya veis con cuánta sinceridad os hago presente mi difícil situación pecu-

niaria. Somos hombres, y no olvidéis que el gigante suele necesitar del insecto. Pensad un poco y tenedme lástima.

Vidal. Lástima! Vos la habéis tenido de mí?

Savari. Pues sabed que antes de verme humillado y perseguido, me mataré!

Vidal. Vos! Vos mataros? Vamos! Tomad (*dándole un cuchillo que habrá sobre la mesa*), hé aquí un lindo cuchillo; os lo ofrezco y estoy seguro de que no hareis mal uso de él.

Savari. (*Se enfurece y toma el cuchillo*). Señor Vidal, sois muy duro, vuestro rigor me exaspera, teneis un corazón de bronce, sois indigno de oír la mansa súplica de quien siente en su espíritu los últimos resplandores del honor y de la virtud que se extinguen. Haced lo que queráis!

Vidal. Mi dureza! mi rigor! mi indignidad!.... Hé aquí vuestros pagarés (*Se los arroja*), os los regalo; tomadlos, no quiero tener nada de común con vos. Pero me quedará el derecho de decir por dondequiera.... que sois un ladrón!

Savari. Yo ladrón!.... Yo! (*Precipitándose hacia Vidal, quien le da una bofetada y él le hiere con el cuchillo que tiene en la mano*).

Vidal. Ah!..... (*Tambalea y cae sobre un sillón. Savari arroja el cuchillo y huye sin ser visto*).

ESCENA VI.

VIDAL SOLO Y MORIBUNDO.

Me asesináis cuando debíerais cumplir un compromiso de honor! Vos, asesino y ladrón, no hallareis sosiego sobre la tierra! La tempestad con su profundo trueno irá repitiendo en vuestros oídos *asesino!..... asesino!..... asesino!.....* La fresca brisa de la tarde, que á todos murmura amores, á vos os dirá *asesino!* El tumbo-magidor del ancho río y el susurro adormecedor de sus ondinias, os gritarán desde las selvas *asesino!* En el arrebol purpúreo de la naciente luz de la mañana, vereis siempre la mancha de esta sangre derramada! En el ropaje rojo del cielo occidental hallarán vuestros ojos este bernejo torrente que sale de mis artérias! Mi sombra os seguirá por todas partes! Cuando busqueis el sueño, esta mirada mía, ya casi apagada, os interrogará sobre la existencia de Mauricio Vidal y sobre la suerte de la infeliz Julia!..... Oh Julia mía! Qué va á ser de tí! Cuando me preparaba para estrecharte con inefable ternura, me oprimen los brazos de la muerte!.... Oh destino infeliz, yo os recibo! Oh Providencia insondable, yo os bendigo! (*Toma trabajosamente un cuaderno, moja el lápiz en su sangre y escribe. Su voz se habrá ido debilitando*). Julia, adiós!..... Para siempre adiós!..... (*Entra trabajosamente á la pieza inmediata donde se oirán todavía algunas de sus palabras confusamente proferidas. Hay un*

momento de silencio, durante el cual se oyen pasos en la escalera).

ESCENA VII.

JULIA, MARIETTA Y EL PORTERO.

Julia. (Arrojándose vivamente al fondo del proscenio). Mauricio! Vidal mío, ya estoy aquí, venid á mis brazos! (Camina y voltea desconcertada) Qué es ésto? Dónde está mi esposo?... Aquí hay desarreglo!... Un cuchillo!... Vedle allá. (Se precipita hácia la puerta por donde ha entrado su esposo y desde allí retrocede espantada). Le han asesinado! (Cae desmayada en brazos de Marietta).

Marietta. Animo, señora mía! Animo, valor, Julia; vos sois genovesa.

Portero. Voy á dar cuenta á la autoridad. Esto no puede ser. El asesinato de un hombre de bien cometido á la luz del día, en su propia habitación y en el centro de París, sorprende, alarma, desespera. (Parte).

ESCENA VIII.

JULIA Y MARIETTA.

Marietta. Volved, señora.... Si esta insensibilidad será la muerte, y en ese caso no sé lo que será de mí. Toda esta escena pasa por mis ojos como si fuera un sueño. Yo no me doy cuenta de lo que ha sucedido. Tengo la cabeza llena de ideas contradictorias y la visión extraviada.... Dios mío! Por qué cortais de improviso esta corriente de felicidad y tornais en oscura noche lo que en antes era el más claro y apacible día?... (Mirando en torno) Si fuese posible encontrar alguna esencia que la despertara.... Abramos la ventana, puede que el aire libre le sea propicio. (Se oyen pasos en la escalera). Alguien viene.... espere-mos.... Julia, Julia, ya vienen en nuestro auxilio!

ESCENA IX.

DICHAS, EL PORTERO Y VIBERT, AGENTE DE POLICÍA.

Vibert. (Al entrar) ¿Dónde está, pues; quién es él?

Portero. El señor que ocupaba esta casa; allí, allí está. (Señala la pieza inmediata).

Vibert. En nombre del rey ó de la ley, yo, Maese Vibert, comisario de Policía del primer Distrito, sección de las Tullerías, ordeno á todos los presentes que permanezcan en silencio y en sus puestos hasta nueva orden. (Todos permanecen así). Aquel cadáver indica bien claramente la perpetración de un crimen. (Al

Portero). Dignaos responder: ¿cuándo tuvisteis conocimiento de este asesinato?

Portero. Hace un momento.

Vibert. Notasteis algo de particular en la tarde y en la noche últimas?

Portero. No señor.

Vibert. La ventana de este cuarto da al patio, y es extraño que habitando en frente, no hayais oído los gritos de la víctima.

Portero. Toda la mañana la he pasado afuera de la casa, y he llegado al ver que regresaba la señora Julia, hace un momento.

Vibert. ¿Cómo se llamaba el hombre que allí está muerto?

Portero. Mauricio Vidal.

Vibert. ¿A qué hora entró hoy el señor Mauricio Vidal?

Portero. A las ocho y media.

Vibert. Le hablasteis?

Portero. Sí señor; le entregué dos cartas de su señora, puse en esta pieza, por su orden, flores y perfumes; se preparaba para salir al encuentro de la señora Julia, quien debía llegar hoy á la estación de la diligencia de Marsella. Me separé y no he vuelto hasta ahora.

Vibert. ¿Venían visitas por la mañana á casa del señor Vidal?

Portero. Dos ó tres personas, siempre las mismas; parecían darse mucha prisa, hablaban un momento de negocios de Bolsa y partían al instante.

Vibert. ¿No habeis notado en estos últimos días ninguna persona extraña en esta casa?

Portero. Sí señor: ayer vino una persona á quien yo no conozco. No encontró al señor Vidal y se fué.

Vibert. ¿Volvió?

Portero. No señor.

Vibert. ¿Estais bien seguro?

Portero. Sí señor, esta mañana le avisé al señor Vidal, y él me contestó que no le importaba esa visita.

Vibert. Eso prueba que conociais el nombre del desconocido.

Portero. No señor: hice la descripción de él al señor Vidal, y lo reconoció al momento.

Vibert. ¿De manera que estais cierto de que esa persona no ha vuelto?

Portero. Yo no la he visto.

Vibert. ¿Si la vierais podriais reconocerla fácilmente?

Portero. Desde luego.

Vibert. (Tomando el cuchillo). ¿Conoceis este cuchillo-puñal, que evidentemente ha servido para cometer el crimen?

Portero. Sí señor.

Vibert. ¿Probablemente este puñal no pertenecía al señor Vidal?

Portero. Al contrario: siempre estaba sobre su mesa de trabajo, aún le servía algunas veces para cortar el papel.

Vibert. ¿ Reflexionais bien sobre lo que decís? Ese detalle tiene mucha importancia.

Portero. Tengo seguridad de que no me engaño, señor; la señora de Vidal y la señorita Marietta también conocen esa arma.

Vibert. (*Dirigiéndose á Marietta*). Señora, quién sois? qué haceis? desde cuándo estais en este lugar?

Marietta. Soy Marietta, la criada y amiga de Julia, á quien veis aquí desmayada de dolor y de desesperación; la acompañé á Génova para ver á su madre, que murió. Regresamos, debíamos haber hallado al señor Vidal, esposo de Julia, en la estación, porque ella así se lo había exigido. No sucedió ésto. Venimos á la casa, y hé aquí lo que hemos encontrado.

Vibert. ¿ Qué hizo y qué dijo esta señora (*señala á Julia*) cuando entró?

Portero. Buscó desconcertada á su esposo, le vió, lanzó exclamaciones de dolor y luégo cayó allí desmayada.

Vibert. Veamos. (*Examina cuidadosamente los muebles, el cuchillo, &c., alza el cuaderno en que escribió Vidal y lee para sí*).

Julia. (*Volviendo en sí*). Qué sucede? Dónde estamos? Marietta, dónde estamos?

Marietta. Hemos regresado de Génova, estamos en París, y al llegar á vuestra casa hemos hallado al señor Vidal asesinado.

Julia. Ah!..... Sí!..... Quizá le han robado también.

Vibert. No señora: acabo de examinar toda esta localidad y no parece que falte nada. Veinte luses hay en esa gaveta. Las cosas á mi ver han pasado de esta manera: la herida ha sido causada por un hombre más alto; la muerte no fué instantánea; el cuerpo se ha inclinado y el brazo se ha extendido hácia la ventana para alcanzar la falleba. No ha podido conseguir ésto, y ha intentado romper la vidriera. Ved allí la mancha del puño ensangrentado. Viéndose perdido y sin socorro ha buscado algo para escribir, se ha acercado á la mesa. Ved las huellas. Ha cogido este cuaderno, ha comenzado á escribir, la luz de los ojos le ha faltado, le ha parecido que el lápiz no escribía, lo ha mojado en su propia sangre, y hé aquí el último, pero deficiente pensamiento. (*Muestra á Julia el cuaderno*).

Julia. (*Leyendo*). “Julia, véngame..... El asesino se llam.....” Sombras de la muerte! Vosotras que detuvisteis esa mano amiga, decid: ¿ cómo se llama el asesino?.... Frios, silenciosos é impasibles muros, que habeis presenciado este crimen atroz, decid: ¿ cómo se llama el asesino?.... Flores que hace pocos momentos fuisteis acariciadas por aquel que yace allí helado é inmóvil, contestad: ¿ quién es ese asesino?..... Nadie responde. Ese nombre maldito es sin duda el enigma de este injustificable crimen. (*Desespera y llora*).

Vibert. Calma, juicio, señora! La policía de Francia se extiende como una red inmensa é invisible desde Calais hasta el Medi-

terráneo, desde las bocas del Loira hasta los Alpes; ella vela incesantemente por la vida y por la propiedad de los treinta y seis millones de hombres que la ley ha puesto á su cuidado; ella adivina los acontecimientos, sigue los pasos, espía los miradas, acecha las palabras, y no hay lugar donde no esté. Señora, la policía de Francia sabrá complementar el truncado pensamiento de vuestro esposo, ella os dará el nombre del matador.

Julia. (Con acento solemne y dirigiéndose al lugar donde está el cadáver de Vidal). Dulce y desgraciado esposo mío, por vuestra propia sangre derramada, por las cenizas de mi santa madre, por la justicia de Dios, yo os juro que quedareis vengado!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

The first part of the document is a list of names and titles, including the names of the authors and the titles of their works. The names are arranged in a column, and the titles are arranged in a column to the right of the names. The names are written in a cursive hand, and the titles are written in a more formal, printed hand. The list includes the names of several prominent figures of the time, and the titles of their works are also listed.

FIN DEL VOTO JURADO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de Instrucción Judicial.

ESCENA I.

EL JUEZ GOURBET Y EL ESCRIBANO CORDIER.

Gourbet. Misterioso acontecimiento! Ni un hilo tiene hasta ahora en sus manos la Justicia, no obstante las prolijas investigaciones que se han practicado. ¿Quién es el asesino de Mauricio Vidal? Quizá su misma esposa?

Cordier. No hay ningún dato contra ella: aparece que la muerte de su esposo le fué tan sorprendente como á la Policía misma, como al perspicaz Vibert, como al portero del número 6.º, Calle de la Paz.

Gourbet. ¿Entonces él se ha suicidado?

Cordier. Sería posible creerlo si no resultara de las informaciones otra cosa.

Gourbet. (Después de un momento de meditación). Leed el informe del médico legista.

Cordier. Dice: "1.º Mauricio Vidal ha sido herido con una arma cortante; 2.º Uno de esos instrumentos conocidos con el nombre de cuchillo-puñal, y hallado éste bajo uno de los muebles donde lo arrojaría el asesino después de consumado el crimen, se adapta perfectamente á la herida; 3.º El golpe fué mortal: hizo profundas lesiones sobre la región clavicular. Sin embargo, gracias á la estrechez de la herida, la víctima pudo aún vivir algunos instantes y no debió sucumbir sino por consecuencia de una hemorragia interna; 4.º Ninguna otra herida se nota en el cuerpo de Mauricio Vidal. Un sólo golpe bastó, pero debió darle un brazo muy vigoroso, ó una persona cuya cólera duplicaba las fuerzas, pues el cuchillo, en muy mal estado, no pudo penetrar sino á causa de una impulsión violenta. En virtud de la rigidez cadavérica, la muerte no puede remontarse á más de una hora desde el momento en que fué probada; 6.º No es posible

concebir seriamente la idea de un suicidio en este caso, ni tampoco que se haya tratado de encubrirlo valiéndose de palabras escritas en la cartera, pues el golpe debió de darse de lo alto á lo bajo, ya fuese por una persona de estatura más elevada que la víctima, ó ya en el momento en que esta última descendiese. Hiriéndose él mismo, Mauricio Vidal no habría podido darse sino un golpe horizontal ó ascendente; el golpe vertical se habría desviado en las carnes ó á lo largo de las costillas....”

Gourbet. El médico dice la verdad, y sus observaciones están en el orden riguroso de la lógica; pero ellas mismas arrojan las tinieblas sobre el hecho.... Leed las notas confidenciales del Secretario de la Bolsa.

Cordier. Oídas: “Mauricio Vidal no debía tener valores importantes en su casa en el momento de su muerte, porque el día anterior había entregado treinta mil francos al señor Rostain, agente de cambio, procedentes de sus economías y de sus últimos corretajes, encargándole comprase renta á nombre de su mujer. En cuanto á los títulos que le habían coniado los clientes para ventas ó para trasferir, es notorio que Vidal tenía la costumbre de remitirlos al Banco ó al señor Rostain, quien es todavía depositario de algunas acciones de ferrocarriles. El señor Vidal no tenía más que un corto número de clientes muy antiguos, y era raro que él aceptara otros nuevos. Generalmente se atribuye esta reserva á una pérdida importante que tuvo en el año de 1845, ocasionada por un tal señor Blondeau, quien partió para América en el momento en que debía pagar diferencias considerables. Resulta que otra persona conocida en la Bolsa con el nombre de Alberto Savari de Montbrisé debía al señor Vidal, desde hace tres años, la suma de cincuenta mil francos. Esta deuda dió lugar en el año último á una escena desagradable: un día, viendo de pronto el señor Vidal á su deudor junto al círculo de los agentes, dirigióse rectamente á él y le dijo: ‘Caballero, cuando uno no paga sus diferencias y desaparece en los días de liquidación, debería al menos tener el pudor de no presentarse aquí’—‘Señor, respondió har to descaradamente Savari, yo no recibo lecciones’.—‘Pues bien! ahora vais á recibir una: voy á arrojaros á la calle y á hacer que en adelante no se os permita la entrada á la Bolsa.’ Iba talvez á llevar á efecto su amenaza, á pesar de que su adversario era de una estatura imponente, cuando varias personas se apresuraron á intervenir. De este conflicto resultó que el señor Savari se vió precisado á firmar, para volver de nuevo á la Bolsa en los días siguientes, varios recibos cuyos vencimientos debían tener lugar en el corriente mes de Octubre. Además, parece que estos recibos ó pagarés no han sido nunca puestos en circulación, y que el señor Vidal los había guardado en su casa. ‘Yo sé que no me serán pagados al vencimiento, decía últimamente al señor Rostain, uno de sus amigos que vive en la calle de Tailbout, número 14, y de quien tenemos directamente estas palabras. No ignoro tampoco que si le pongo pleito seré condenado en costas, puesto que

la ley no reconoce las deudas de Bolsa ; no obstante, quiero tener la satisfacción de desacreditar públicamente al señor Savari, cuya evidente mala fe, aplomo é insolencia me han indignado. Algunas personas me han hecho perder dinero, pero he tenido en cuenta las circunstancias desgraciadas en que se han hallado, y lejos de guardarles rencor las he servido en varias ocasiones! No sucede lo mismo con el señor Savari, añadía con gran sentimiento, aguardo con impaciencia el momento en que pueda decirle todo lo que tengo en el corazón.—Tales son, señor Juez de Instrucción, los informes obtenidos hasta hoy. Si me llegaren otros nuevos, me apresuraré á comunicarlos. En la Bolsa todos estamos conmovidos con la muerte del señor Mauricio Vidal, quien era muy querido y sobre todo muy estimado. No se habla aquí de otra cosa que del drama de la Calle de la Paz.....”

Gourbet. Nada en claro.... Solamente tres cosas : que no se ha suicidado ; que su esposa Julia no lo ha matado ; que no se le ha robado. No tenía enemigos, ni era hombre de mal carácter, ¿quién, pues, le ha dado muerte ?

Cordier. ¿ Y el disgusto con Alberto Savari ?

Gourbet. No hay ningún hecho posterior á ese incidente.... Pronto va á ser interrogado Savari, y presumo que sus respuestas darán alguna luz.

ESCENA II.

DICHOS, JULIA VESTIDA DE LUTO Y VIBERT, QUE ENTRARÁ CON ÉSTA.

Julia. (*Inclinándose*). Señor Juez !.....

Gourbet. (*Poniéndose en pié*). Señora!.... Sentaos.... Nada de nuevo de vuestra parte ?

Julia. Nada, señor.

Gourbet. No temais el comunicarme áun aquellas cosas que puedan pareceros insignificantes. En una instrucción judicial, cualquier hecho, considerado al principio como inútil, puede dar la clave de la investigación.... Me han dicho que continuais habitando el mismo cuarto donde se cometió el crimen....

Julia. Sí señor : solamente en el último extremo dejaré esos lugares donde he sido tan feliz (*Llora*).

Gourbet. Dispensad, señora, el que avive de esta manera vuestros sufrimientos ; pero vos podeis serme de grande utilidad para llegar al fin que persigo y que espero alcanzar.

Julia. (*Con fuego*). Oh ! Sí, alcanzareis ese fin.... vengareis á mi marido.... nosotros le vengaremos. ¿ No es verdad, señor ?

Gourbet. Lo creo ; pero debo manifestaros que en toda mi carrera, bastante larga ya, no he encontrado una causa tan enigmática como ésta.... Camino á tientas y con exquisita prudencia, pues si es doloroso para el amor propio de un magistrado instructor, cuyo poder es vasto y cuyos recursos son inmensos, el

verse burlado, es aún más doloroso y triste para su conciencia el oprimir á un inocente.

Julia. Entonces no encontraremos al culpable?... Sin embargo, mi marido me ha ordenado que le vengue, y yo quiero obedecerlo.

Gourbet. Y yo ayudaros, señora; pero todavía no estamos siguiendo la pista.

Julia. Pero ayer leí en un periódico que el asesino estaba preso....

Gourbet. Los periódicos se engañan ó engañan á sus lectores para darse por bien informados. Un hombre fué preso por orden mia; en breve va á comparecer en mi presencia; algunos cargos pesan sobre él y justifican la detención; pero ellos no bastan para convencer de un modo absoluto. Las pruebas recogidas en contra de este acusado, son más bien morales que materiales. Ved (*tomando varios papeles*). Aquí está una sumaria levantada por el Comisario de Policía encargado de prender á ese individuo. De ella resulta que su actitud hace creer que no es culpable: pareció muy admirado, muy sorprendido cuando le comunicaron la orden; y si ha representado un papel, evidentemente es un hábil cómico, pues ha conseguido engañar á uno de nuestros más antiguos empleados. Se han hecho en casa del acusado las más minuciosas observaciones, y el resultado, sin ser absolutamente negativo, no ha suministrado pruebas concluyentes. En fin, por ahora no cuento más que con el interrogatorio que voy á practicar y para el cual em preparo. (*Mira el reloj*).

Julia. Comprendo que debo retirarme; pero antes de hacerlo solicito el nombre de la persona á quien vais á interrogar.

Gourbet. Alberto Savari de Montbrisé; ya os he dicho otra vez ese nombre y me habeis manifestado que no lo conoceis. Los informes que hubierais podido darme sobre él, habrían sido sumamente interesantes.

Julia. (*Reflexiona*). No.... me parece que nunca oí nombrar por mi esposo á esa persona; mas siento al oír ese nombre cierta conmoción.

Gourbet. ¿Qué conmoción? Qué quereis decir? Explicaos.

Julia. No puedo explicarme. Yo misma no comprendo este efecto extraño. El día en que os oí decir por primera vez: "Alberto Savari de Montbrisé," me pareció que palidecía, que mi corazón latía con más violencia; he querido ver si me había engañado, si el mismo fenómeno se reproducía ahora, y por eso os he pedido de nuevo ese nombre, que ya conocía y que vaga constantemente en mi pensamiento.

Gourbet. (*Observando con avidéz*). Quién sabe!.... Vosotras las mujeres encontrais la verdad por el camino del sentimiento. Vuestra impresión me preocupa.

Julia. Cumplo con informaros hasta de estos pormenores.

Gourbet. Os doy las gracias, señora..... Procedo al interrogatorio, y os ruego que paseis al gabinete inmediato, desde donde

podréis observar sin ser vista. (*A Vibert*). Dignaos acompañarla.

Vibert. (*Al desaparecer*). Señora, es preciso oír mucho, callar y pensar sin descanso. (*El ha seguido durante la escena con curiosidad y atención marcadas todas las palabras de los interlocutores y todas las emociones de Julia: ha reflexionado y gesticulado con frecuencia*).

Julia. (*Al desaparecer*). Sí, oigamos, callemos y pensemos.

ESCENA III.

GOURBET, CORDIER Y ALBERTO SAVARI QUE ENTRA ESCOLTADO

Savari. (*Saludando*) Señor Juez !

Gourbet. Señor ! Sentaos al frente.

Savari. (*Después de un momento de silencio*). ¿ Podré saber, señor, por qué he sido tan bruscamente arrestado y por qué me hallo ante vos ?

Gourbet. Compareceis ante mí para responder á las preguntas que os haré, y no para que me las dirijais.

Savari. Es justo, señor, que yo desee saber de qué delito ó de qué crimen se me acusa. En vano he interrogado á los agentes encargados de mi arresto : ellos han rehusado responderme.

Gourbet. Han cumplido su deber. Voy yo á informaros ; y ya lo hubiera hecho si no hubieseis tomado la palabra contra todas las reglas establecidas en este lugar.

Savari. No conozco esas reglas. No tengo la costumbre de hallarme aquí.

Gourbet. Os felicito por ello, y deseo no tengais que volver á mi presencia. No estais acusado de un delito ; lo estais de un crimen.

Savari. Ah ! Verdaderamente ! ¿ Qué crimen ?

Gourbet. El de haber asesinado á un joven llamado Mauricio Vidal.

Savari. (*Con mucha tranquilidad*). Confieso que estaba muy lejos de figurarme comprometido en ese asunto, del cual se ha hablado muchas veces delante de mí. ¿ Sería indiscreto el preguntaros, señor, qué motivos pueden hacer sospechar que sea yo el autor de semejante crimen ?

Gourbet. Vais á conocerlos ; pero puesto que queda satisfecha vuestra primera curiosidad, procedamos ante todo con orden, y servíos decirme vuestros nombres y apellidos. (*Dirigiéndose á Cordier*). Podeis escribir, señor Cordier.

Savari. Me llamo Alberto Savari de Montbrisé.

Gourbet. ¿ Qué edad teneis ?

Savari. Treinta y seis años.

Gourbet. ¿Cuál es vuestra profesión ?

Savari. No tengo ninguna.

Gourbet. ¿ Entonces cómo vivis ?

Savari. Vivo bastante bien, señor.

Gourbet. (Severamente). Permitidme que no tolere un sólo instante el que tomeis ese aire de broma para responder. Si no guardais la formalidad que exige vuestra posición de acusado, no vacilaré en haceros conducir de nuevo al depósito y en dejar este interrogatorio para otro día. Os pregunto: ¿cuáles son vuestros medios de existencia?

Savari. Si entendeis por medios de existencia rentas del Estado, títulos de propiedad ó alguna pensión particular, debo reconocer que no tengo ninguna de esas cosas. Soy rico algunas veces, por casualidad; pobre casi siempre, por costumbre. Tan pronto hago una buena jugada de Bolsa, como gano en el juego. Me ha sucedido el tener cincuenta mil francos el 10 del mes, y el 15 no tener con qué pagar el alquiler de mi casa. Todo ésto es extraño, es verdad; pero quereis y debeis oirlo.

Gourbet. Eso podrá perjudicaros ante los señores Jueces.

Savari. Los Jueces! Espero no tener que comparecer ante ellos. No puede pasar mucho tiempo sin que reconozcais mi perfecta inocencia.

Gourbet. (Después de un corto silencio). ¿Cómo pasásteis la primera mitad del día 19 de Octubre último?

Savari. ¿Y vos cómo la pasásteis?

Gourbet. Caballero, olvidais el respeto debido á la Justicia que yo represento. Voy á dar órdenes para....

Savari. (Interrumpiéndole). Señor, os habeis equivocado sobre el sentido de mis palabras. No he tenido la intención de ofender á un Magistrado cuyo lenguaje y cuyas maneras, por muy severas que sean, no han dejado un instante de ser corteses y políticas, me apresuro á reconocerlo. Sólo quise, por medio de una pregunta contrapuesta, probaros cuán difícil es responder. Me preguntais á quemaropa lo que he hecho el 19 de Octubre, y yo os respondo: —“Y vos?” En efecto, estoy persuadido de que cualquiera persona puesta así de improviso en el caso de dar cuenta de sus acciones, no podría conseguirlo.

Gourbet. Ya habeis tenido tiempo para reflexionar; contestad.

Savari. Debí de estar en el café inglés.

Gourbet. Sois conocido allí?

Savari. Perfectamente, hace algunos años.

Gourbet. ¿A qué hora creéis haber salido del café inglés?

Savari. A las nueve poco más ó menos.

Gourbet. Precisad, porque vuestras respuestas son de la mayor importancia: el crimen se cometió como á las diez.

Savari. Señor, si yo hubiera cometido ese crimen, sabría á qué hora, y por consiguiente podría decir que permanecí en el café inglés hasta las diez, con el objeto de establecer una coartada.

Gourbet. Pero se os daría muy fácilmente un mentís.

Savari. Muy difícilmente, señor, porque los parroquianos de aquel café me vieron y saben á qué hora salí. Si declaro haber

partido como á las nueve, es por aproximarme lo más que sea posible á la verdad.

Gourbet. ¿Qué hicisteis después que salisteis de ese café?

Savari. He debido pasear por espacio de una hora en el Boulevard de los Italianos.

Gourbet. ¿Qué personas os vieron allí; no hablasteis con alguno de vuestros amigos?

Savari. (Después de reflexionar). No, me parece no haber encontrado á nadie y haberme paseado sólo.

Gourbet. Eso parece extraño: el tiempo estaba muy hermoso el 19 de Octubre y debió de haber en el boulevard muchas personas que os conocieran.

Savari. Es posible; pero la casualidad ha hecho que no las vea.

Gourbet. ¿Después á dónde fuisteis?

Savari. Entré un instante á mi casa.

Gourbet. Entonces eran las nueve y media.

Savari. Poco más ó menos.

Gourbet. Interrogado el portero de vuestra casa, pretende no haberos visto sino á eso de las diez.

Savari. Las nueve, las nueve y media ó las diez son cosas iguales para un portero que duerme la mitad del tiempo en el fondo de su covacha.

Gourbet. ¿Y por qué entrasteis á esa hora contra toda vuestra costumbre?

Savari. Por un motivo muy sencillo: tenía puesto desde por la mañana un paletó de verano, la temperatura había refrescado, y fui á tomar mi paletó de invierno.

Gourbet. O más claro: os quitasteis ese paletó porque tenía ciertas manchas que podían comprometeros.

Savari. Manchas? No os comprendo, señor.

Gourbet. Dos ó tres manchas de sangre, ¿cómo las explicais?

Savari. Yo no las explico, sostengo que no han podido existir.

Gourbet. ¿Conocisteis á Mauricio Vidal?

Savari. Sí señor.

Gourbet. ¿Cuánto tiempo hace?

Savari. Un poco menos de tres meses.

Gourbet. ¿Cómo lo conocisteis?

Savari. Uno de nuestros comunes amigos, el señor Montoux, á quien manifesté un día el deseo de ocuparme en operaciones de Bolsa, me presentó al señor Vidal; éste me acogió perfectamente y consintió en ejecutar mis órdenes.

Gourbet. ¿No tuvo lugar en la Bolsa una escena desagradable entre vos y vuestro colaborador?

Savari. Sí señor.

Gourbet. Reconoceis que á consecuencia de ese altercado con Vidal suscribisteis á petición suya cincuenta mil francos en billetes?

Savari. Verdaderamente, señor.

Gourbet. ¿Qué se han hecho esos billetes?

Savari. Han debido hallarse en mi casa, puesto que se ha practicado una visita domiciliaria.

Gourbet. Sí, se han hallado en vuestra casa; pero ¿por qué estaban allí?

Savari. Por una razón muy sencilla: los había pagado y me los devolvieron.

Gourbet. ¿Quién os los devolvió?

Savari. El mismo señor Mauricio Vidal.

Gourbet. ¿Cuándo?

Savari. La víspera de su muerte, al vencimiento de mis billetes.

Gourbet. Es posible: vos fuisteis á la Calle de la Paz y no hallásteis á nadie.

Savari. Sí, me dijeron que el señor Vidal había salido y que no entraría pronto, yo tenía prisa por saldar mi cuenta con él, sabía que me guardaba rencor y además temía los gastos; me puse á buscarlo y lo encontré.

Gourbet. ¿Dónde?

Savari. En la calle de Vivienne, que tomaba todos los días según su costumbre al salir de la Bolsa. Serían cerca de las tres y media.

Gourbet. ¿Y fué allí, en la calle, donde le pagasteis? Eso no es admisible.

Savari. ¿Por qué, señor? Entre bolsistas se cambian á cada momento valores importantes de mano á mano, ya en la escalera de la Bolsa, ya en las calles próximas. Cincuenta mil francos no hacen mucho bulo.

Gourbet. Nos direis también que el señor Vidal llevaba consigo los recibos.

Savari. Sí señor, puesto que me los dió en el acto.

Gourbet. Eso no es creíble.

Savari. Permitidme que os haga observar, señor, que mi acreedor, cuando le firmé los recibos, me advirtió que los entregaría inmediatamente al alguacil si no eran pagados el mismo día del vencimiento. Había pasado un día, y debió de salir con mis billetes resuelto á cumplir sus amenazas.

Gourbet. Esa versión peca en un punto esencial: el señor Vidal declaró que no tenía ninguna esperanza de verse reembolsado por vos. Si lo hubiera sido, como lo afirmáis, se habría apresurado á comunicar esta buena nueva á sus amigos.

Savari. La casualidad quizá haya hecho que ésto no suceda.

Gourbet. Hé ahí el error. El vió á uno de sus amigos el 19 de Octubre.

Savari. Estaría preocupado con alguna otra cosa, ó bien tendría sus razones para no divulgar lo que le sucedía.

Gourbet. ¿Cuál será la respuesta que dais á esta última pregunta: cómo habeis adquirido la suma de cincuenta mil francos con que pretendéis haber pagado?

Savari. Mi respuesta será extraña, muy extraña para un hombre como vos, cuya existencia es regular, y que no admite ciertos medios para procurarse dinero.

Gourbet. Veamos esos medios.

Savari. Pedí prestados veinte luises á un amigo, treinta á otro &c., vendí diferentes alhajas y objetos, y cuando pude reunir de este modo tres mil quinientos francos, partí para Spa, en donde hay juegos instalados de ruleta y de treinta y cuarenta. Arriesgué mil francos en esa ciudad, y gracias á una nueva combinación que había meditado mucho, conseguí ganar diez mil francos en dos dias. De Spa pasé á Alemania, me detuve en Bade, en Hamburgo, en Wiesbaden y jugué en todas estas ciudades con la misma suerte que en la primera. Para abreviar, después de una ausencia de algunos dias, volví á París el 15 de Octubre con una suma de cincuenta mil francos, la cual me sirvió para reembolsar íntegramente á mi acreedor. Esta es mi historia: en el fondo de las más sencillas; pero desgraciadamente para mí, como todas las cosas verdaderamente sencillas, parece á primera vista muy complicada.

Gourbet. Mucho, muy complicada, y de muy difícil probanza.

Savari. Se puede probar fácilmente que yo partí de París en los primeros dias de Octubre, que viví en Spa en un hotel situado cerca á los salones de la Conversación, el hotel de Orange, me parece; mis nombres, apellidos y categoría deben de estar allí inscritos. En Bade ocupé un cuarto en el hotel Victoria; en Hamburgo, en el Hotel de Buenavista. En fin, si se desea, probaré fácilmente que volví á París el dia 15.

Gourbet. ¿Y cómo probareis que habeis ganado cincuenta mil francos?

Savari. Eso es más difícil; sin embargo, varias personas me han visto jugar y ganar.

Gourbet. Alemanes, belgas, extranjeros, ¿no es verdad? ¿dónde los encontrareis?

Savari. Señor, cuando yo estaba sentado junto á las mesas del treinta y cuarenta, en Alemania, no podía adivinar que cuando regresara á Francia iba á ser acusado de asesinato; que para defender mi libertad y mi vida iba á ser preciso justificar mi ganancia. Si lo hubiera previsto habría tomado todas las noches un certificado en regla dado por la Banca y por los mirones.

Gourbet. Por hoy hemos terminado. Dignaos revisar vuestra declaración y firmarla. (*Lo hace*). Preveo que me será preciso interrogaros de nuevo, y hasta entonces estareis arrestado, pero no incomunicado.

Savari. No me aterra el estar incomunicado. Cuando uno ha llegado á mi edad y ha vivido tanto como yo, se debe alegrar de tener la ocasión de aislarse, recogerse y examinar su vida. La existencia parisiense no nos deja un instante de reposo, se ve uno arrastrado sin cesar en el torbellino de los negocios ó de los placeres; no se puede pensar, apenas sí se puede obrar. Mi cautividad tendrá la ventaja de calmarme el espíritu, y saldré de ella

menos agitado, menos ardiente y más fuerte. Por consiguiente, dandoos las gracias por vuestras buenas intenciones para conmigo, os suplico muy sinceramente que no las lleveis á efecto..... Ya volveré á ver toda esa sociedad dentro de algunos dias, cuando salga de mi prisión; siempre será demasiado pronto.... La inocencia brillará! (*Sale*).

ESCENA IV.

DICHOS, JULIA Y VIBERT, MENOS SAVARI.

Julia. (*Precipitándose del gabinete donde ha permanecido oculta. La sigue Vibert*). El hombre que acaba de salir por esa puerta es el asesino de mi esposo!

Gourbet. (*Sorprendido*). Señora, vuestro dolor quizá os precipite y os haga ver culpables en todas partes.

Julia. No, no me equivoco, estoy segura de ello.

Gourbet. ¿Habeis notado en la actitud, en las miradas, en las palabras del acusado, alguna cosa que se me haya escapado?

Julia. Nada de particular.

Gourbet. Entonces en qué fundais, no vuestras suposiciones sino vuestra convicción?

Julia. Me fundo en nada y en todo. Desde que ese hombre entró á este recinto, sentí que pasaba en mí algo extraordinario; cuando él habló, todo mi sér se estremeció. ¿Por qué si fuera inocente me habría de causar semejante conmoción?

Gourbet. Sois italiana, y por consiguiente algo fatalista.

Julia. Es posible, señor; pero en este momento soy lógica. ¿De qué procede la turbación inmensa que he experimentado al oír la palabra de un hombre á quien no conozco, á quien nunca he visto. (*Con emoción*). El es el culpable, señor, os digo que él es el culpable!

Gourbet. (*Después de un momento de atenta reflexión*). Vibert, ¿vos qué pensais?

Vibert. Lo mismo que esta señora.

Gourbet. Pero habeis oido el interrogatorio que acaba de pasar, qué juzgais de él?

Vibert. Que es imposible sacar del acusado una condena-ción, y ni aún una comparecencia ante el Tribunal del crimen.

Gourbet. Soy de vuestro parecer: un sobreseimiento es inevitable.

Vibert. Si nuevos elementos no vienen á reunirse á éstos.

Gourbet. ¿ Vos los teneis?

Vibert. No; pero los buscaré y los encontraré.

Gourbet. Si el señor Savari no es culpable....

Julia. (*Interrumpiéndole*). Lo es!

Vibert. ¿ La señora está convencida de la culpabilidad del acusado?

Julia. Muy convencida.

Vibert. (*Con entusiasmo*). Bravo ! Savari está perdido ; estoy seguro de que encontraré pruebas contra él. (*Reflexionando*). ¿ El señor Juez de Instrucción ha notado al interrogar al presunto reo que ese es un hombre inteligente ?

Gourbet. Sin duda alguna : inocente ó culpable, Savari es un hombre de los más inteligentes.

Vibert. Entonces no adelantaremos nada con que esté preso.

Gourbet. ¿ Por qué ?

Vibert. Porque un caballero de esa talla no se deja abatir por algunos días de prisión preparatoria, ni es él quien vaya á confiar ningún secreto á sus compañeros de prisión ni á nadie ; siempre le tendremos callado como un muro.

Gourbet. ¿ Qué se deduce de ésto ?

Vibert. Yo deduciría, si el señor Juez me permitiera expresar mi concepto, que sería preciso ponerle inmediatamente en libertad.

Gourbet. ¿ Y así habrá probabilidad de que se entregue ?

Vibert. Sí, ciertamente, señor.

Gourbet. Y si, asustado con lo que acaba de sucederle, temiese verse molestado de nuevo y se escapase ?

Vibert. No es creíble, señor Juez : si hubiera pensado en huir, habría tratado de hacerlo inmediatamente después de su crimen. El ha debido contar con su sangre fría y su habilidad para burlar vuestros esfuerzos. El tendrá más confianza en sí mismo cuando, después de haber caído en manos de la Justicia, salga de ellas victoriosamente. El aire de esta ciudad de París es necesario para sus pulmones, y por eso no podrá abandonarla, aunque aquí peligren su libertad y su vida. Oid el razonamiento que ha debido hacerse : “ He cometido un crimen, se habrá dicho, que puede enviarme al cadalso, ¿ qué conducta deberé seguir ? huiré ? Pero ésto es confesarme culpado. Si me cogen en el camino, lo cual es posible, estoy perdido. Si no me cogen, entonces pasaré mi vida en el extranjero sin medios de existencia. Vale más permanecer aquí y correr el riesgo de que me prendan ; tengo bastante inteligencia para escapar del peligro. ” Esto es lo que él ha hecho. Por otra parte, poniendo en completa libertad al acusado, yo propongo el someterlo á una estrecha vigilancia, de la cual yo me encargaré y él no podrá sospecharla.

Gourbet. Sea ! El acusado está libre, lo admito por un momento y admito también que vos seais el encargado de vigilarle. En este caso, ¿ cuáles son vuestros proyectos ? vuestro plan cuál es ?

Vibert. Mi plan Ante todo, es preciso que Savari sea puesto mañana en libertad.

Gourbet. ¿ Y luégo ?

Vibert. Es preciso que se envíen algunas comunicaciones del Tribunal á distintos periódicos judiciales para anunciar la libertad del presunto reo. En estas comunicaciones se hará saber que un

sólo interrogatorio ha bastado á inspirar el convencimiento de su perfecta inocencia. Esto impedirá que sospeche algún ardid, se creará enteramente libre y cuidará menos de sus actos y de sus palabras.

Gourbet. Apruebo el procedimiento, admiro vuestra previsión; pero después?

Vibert. Después? Ah, señor! Hé aquí el punto más difícil: yo deseo tener carta blanca en este asunto, no dar cuenta de mis acciones, ni verme contrariado por ninguna orden del Tribunal ó de la Prefectura y poder disponer de los fondos que habré menester si, para no perder de vista al indiciado, tengo que tomar ciertas costumbres de lujo y de disipación.

Gourbet. Contando con la aprobación del superior, os concedo la libertad de Savari, las publicaciones que habeis exigido, la independendencia y los fondos que habeis mencionado.

Julia. En libertad? Yo diré á la Nación francesa que estais prevaricando!

Vibert. Calmaos, señora, vuestro dolor os ofusca; ó no sabeis lo que estais diciendo, ó no habeis entendido mi plan. ¿Quereis oirme en privado?

Julia. Sí señor, yo quiero oiros.

Gourbet. Cordier, ínter los señores conferencian, vamos á despachar otros asuntos. (*Vanse*).

ESCENA V.

VIBERT Y JULIA.

Vibert. Veis, señora, que el Juez de Instrucción se ha decidido por mis conceptos.

Julia. ¿Qué pensais y qué esperais ahora?

Vibert. Mucho si vos me ayudais.

Julia. Yo?

Vibert. Sí, vos, señora.

Julia. Pues bien, mi deber, mi único objeto en la vida, ¿no es el de cumplir la última voluntad de mi esposo y vengarle?

Vibert. (*Con entusiasmo*). Entonces, señora, conseguiremos nuestro deseo. Lo conseguiremos! ¿Persistis en la creencia de que Alberto Savari es el asesino de vuestro esposo?

Julia. Persisto, y vos?

Vibert. Yo también. Diré más: mis dudas han venido á ser casi certezas, pero certezas puramente morales, y no ignorais que lo que nos hace falta es la prueba material.

Julia. ¿Teneis el medio de encontrarla?

Vibert. Sí; pero tengo necesidad de vuestra cooperación?

Julia. Yo os la concedo.

Vibert. Pensad en que os será preciso desplegar mucha energía, gran paciencia, y que tendreis que vencer legítimas repugnancias.

Julia. Tendré las primeras y venceré las segundas.

Vibert. En fin, el plan que he concebido os parecerá odioso, insensato, horrible; lo rehusareis desde luego.

Julia. No, lo adopto, lo sigo, confío en su éxito.

Vibert. Escuchad, pues: me he iniciado en la vida privada de Alberto Savari y he conexionado todos los documentos relativos á él; de ellos resulta que nunca, durante su existencia de soltero, ha tenido ningún compromiso serio, que nunca ha amado á ninguna mujer; ha pasado la vida como muchos jóvenes de nuestra generación, á derecha é izquierda, de aquí para allá, ha acampado, nunca ha habitado; su imaginación ha hablado á menudo, su corazón jamás ha latido.

Julia. ¿Y qué deducís de eso?

Vibert. Deduzco que si nunca ha amado, debe ser más susceptible de amor que ningún otro.

Julia. Y bien, ¿á quién quereis que ame?

Vibert. A vos, señora.

Julia. (Con asombro). ¿A mí?

Vibert. Sí, á vos.

Julia. ¿A mí!

Vibert. Es el único medio que tenemos para descubrir la verdad. Savari no podrá desconfiar porque no os conoce, y así vos entrareis en su vida, participareis de su existencia, conoceréis su pasado y tarde ó temprano le arrancareis la máscara. Con un adversario como éste, los medios vulgares no pueden dar buen resultado; es preciso emplear una cosa imprevista, extravagante, extraordinaria; yo la he buscado y creo haberla encontrado. Seréis la Dálila de este nuevo Sansón, le cortareis los cabellos y él mismo se entregará á los filisteos.

Julia. Pero ese proyecto es insensato.

Vibert. Convengo en ello.

Julia. Es irrealizable.

Vibert. Yo me encargo de llevarlo á efecto si vos me ayudais.

Julia. Necesito un valor sobrehumano.

Vibert. Lo tendreis.

Julia. Me haré traición.

Vibert. Nunca! Si adoptais mi plan no tendreis mas que un pensamiento: hacerlo triunfar. Quien se hará traición será Savari, y vuestro marido quedará vengado.

Julia. Dios mío, yo tiemblo!

Vibert. Decidios, señora, no hay otro medio, el tiempo urge....

Julia. Puesto que no hay otro medio, está bien, adopto el plan; pero exijo los detalles.

Vibert. Son muy sencillos: hay necesidad de una ficción larga y tenazmente sostenida.

Julia. ¿Cuál? ¿Cómo?

Vibert. La más sencilla: yo me llamaré Conde de Rubini, natural de Italia, me vestiré con gran lujo, derramaré oro y diamantes

tomaré el acento italiano, que es tan fácil de imitar y que vos poseéis por naturaleza. Vos sereis la Condesa del mismo nombre, mi allegada parienta. Estaremos en París por pasatiempo, buscaremos todos los placeres: el teatro, los paseos, los festines, los bailes, los juegos, &c. Viviremos con boato en el mejor hotel, el de los Príncipes, por ejemplo. En algún lugar habreis de conocer á Alberto Savari porque él es muy amigo de las diversiones, y lo demás depende de vuestra habilidad y de vuestros talentos.... El os amará sin duda, y entonces estará todo entero en vuestro poder, os pertenecerán su alma y los más recónditos secretos de su conciencia. Vos penetrareis en ellos como el rayo del sol en las profundidades de la intrincada selva.

Julia. (Con entusiasmo). Soy genovesa! Manos á la obra, señor Conde de Rubini,

Vibert. En campaña, señora Condesa, la victoria es segura.

Julia. Al Hotel de los Príncipes!

Vibert. Al Hotel de los Príncipes!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO.

Sala de reunión de caballeros y señoras, lujosamente adornada. Al través de una transparencia se verá por el foro otra sala igualmente decorada. Puertas laterales y al fondo.

ESCENA I.

PELAGIA D'ERMONT, ADELA, ARMANDA Y ESTEFANÍA CORNU.

(*Caprichosamente colocadas, departen familiarmente.*)

Adela. Me parece, querida Pelagia, que no nos tocaba reunirnos en esta semana.

Pelagia. Cierto; pero se me ha presentado la ocasión de hacer una linda partida y no la he dejado escapar, segura de que me lo agradeceréis.

Adela. Ciertamente! Ciertamente!

Armanda. ¿A quién esperáis pues?

Pelagia. Espero al simpático Fontelle, tan conocido por todos.

Adela. Oh! yo no jugaré con él; siempre expone á disgustos el jugar con menores de edad.

Pelagia. Primeramente, querida mia, nadie se expone á disgustos en mi casa; después, la persona á quien me refiero no es ya pupila. Hé aquí la prueba. (*Toma una circular impresa y lee en alta voz.*) "Circular.—El Barón Arturo de Fontelle tiene el honor de comunicar á sus amigos, proveedores, &c. que entrará en su mayor edad el 10 del presente. Sus amigos pueden, pués, ganarle impunemente dinero al juego, sus proveedores abrirle crédito y sus contertulios, arruinarle. El Barón Arturo de Fontelle es de hoy en adelante el único responsable de sus actos."

Armanda. Hasta que le pongan en interdicción judicial, lo cual no tardará en suceder.

Estefanía. Estamos ya tranquilizadas en cuanto al pequeño Barón. ¿A quién más esperáis?

Pelagia. A Cordier.

Adela. Ah! Este no entra en la cuenta; viene invariablemen

te con cinco luises, y se apresura á marcharse cuando los ha perdido ó los ha duplicado.

Pelagia. Yo no lo invito sino como á tapiz ó adorno de la mesa. Aguardo también á Cravoisier, al gordo Calvet y al Vizconde de Beome.

Armanda. Al fin ya tenemos jugadores serios. Espero que estaremos reunidos hasta las dos de la madrugada.

Estefanía. Poco importa. Hemos tomado nuestras precauciones; por lo que hace á mí he dormido hasta las siete de la tarde.

Todas. (Sucesivamente). Yo también.

Adela. Pelagia nos ha estado hablando hasta ahora de personas que conocemos perfectamente; ¿pero no se trata también de cierto extranjero?

Pelagia. Lo reservaba para el fin: se trata justamente del señor Conde de Rubini.

Adela. No le conozco, pero procuraré tratarle. ¿Es rico?

Estefanía. Si es rico, reclamo al extranjero.

Adela. ¿Y no veremos esta noche á Savari?

Armanda. Vamos al caso: ¿qué es de Alberto? ¿No se habla ya de él?

Pelagia. Lo espero también, ha estado enfermo después de su desgracia.

Armanda. Pobre muchacho! Razón tenía. Verse acusado de asesino!

Estefanía. Y haber estado preso!

Adela. Parece que no había contra él la más pequeña prueba, porque ha sido puesto en libertad inmediatamente después de su primer interrogatorio.

Pelagia. Su prisión fué, según parece, el resultado de un error.

Armanda. ¿Habeis leído los periódicos que tratan sobre el asunto.

Pelagia. Aquí está la "Gaceta de los Tribunales." (*La da á Armanda*).

Armanda. (Leyendo). "El señor Alberto Savari de Montbrisé, á quien habíamos nombrado como comprometido en el asesinato de la Calle de la Paz, y contra quien se dió una orden de arresto, ha sido puesto en libertad después de un interrogatorio, del cual no resulta ningún cargo contra él. Además, según los informes particulares que nos han comunicado, la Justicia tiene entre sus manos los hilos de este misterioso crimen, y se sabe que el verdadero culpable ha huido al extranjero; pero no tardará en ser descubierto y entregado, pues siempre es fácil la extradición cuando se trata de un crimen. Nuestros lectores pueden estar persuadidos de que los tendremos al corriente de todas las noticias que nos lleguen, siempre que no sean por su naturaleza reservadas."

Todas. Bravo! Viva Savari!

Adela. Le haremos una ovación cuando éntre. Yo daré la se-

ñal. . . . Pelagia, ¿ cómo habeis hecho relaciones con el Conde de Rubini ?

Pelagia. Trajo cartas de recomendación de antiguos amigos que viven en Italia. . . . Le acompaña una parienta suya, muy bella, según parece. . . . Abunda en luises. (*Se oye sonar la campanilla de la puerta y el ruido de pasos en la escalera*). Me parece que han llamado. . . . Suben. . . . Ya era hora: estos señores se hacen aguardar demasiado; han tomado la mala costumbre de ir á las reuniones ó al teatro antes de venir aquí.

ESCENA II.

DICHAS Y ALBERTO SAVARI.

Savari. (*Al entrar*). Salud á las nobles señoras !

Adela. Viva Alberto Savari !

Todas. Viva ! Viva !

Savari. Me abrumais señoras; sois demasiado nobles y galantes !

Pelagia. Hemos leído la "Gaceta de los Tribunales," que publica vuestra inocencia, y hemos querido indemnizaros tantos sacrificios con esta ovación. Sentaos.

Savari. Oh ! Sí, sí, gracias !

ESCENA III.

DICHOS, CALVET Y BEOME.

(*Suena la campanilla y se oyen pasos*).

Calvet y Beome. (*A un tiempo*). Señores, muy buena noche !

Todos. Salud.

Pelagia. Os habeis hecho esperar durante muchas horas.

Beome. Es verdad, señora; pero excusadnos porque éso no ha dependido de nuestra voluntad: cada uno de nosotros tenía cierta ocupación urgente.

Armanda. ¿ Teneis buena disposición para el placer y llenos de francos los bolsillos? Nosotras queremos ganaros mucho dinero.

Calvet. Estamos en disposición de aventurar muchos, muchísimos luises,

Todas. Bien ! Muy bien !

ESCENA IV.

DICHOS Y EL CONDE Y LA CONDESA DE RUBINI. (*VIBERT Y JULIA.*)

Rubini. (*Al entrar*). Señores y señoras, tenemos el honor de saludaros y nos complacemos en encontrar tan lucida reunión. (*Todos se ponen en pié y corresponden con una atención*).

Pelagia. Señor Conde.... Señora Condesa.... dignaos sentaros; y puesto que faltan solamente tres personas, quienes talvez no puedan concurrir, quiero anunciar el orden de esta velada: en primer término, nuestro consabido juego; ved ahí la gran mesa y las barajas; en seguida, baile en el salón inmediato al són del piano, que lo tocarán con la maestría de costumbre Armanda y Adela; finalmente, té y champaña. La luz de la próxima aurora nos sorprenderá para deslumbrarnos como á las aves nocturnas.

(Todos toman asiento, menos los Condes y Savari, quienes permanecen, en pié junto á la mesa, los hombres, y la Condesa en un asiento retirado. Reparten cartas, colocan monedas de oro, juegan &c).

Calvet. Paso la mano.

Beome. Pido cartas.

Adela. El rey es bueno.

Armanda. El as es mejor. La vuelta es á diez.

Pelagia. Aún una repetición.

Calvet. Este *lansquenet* es insoportable.

Adela. Siempre jugadas repetidas! Las cartas no han sido bien barajadas.

Beome. Copo el resto.

(Durante este diálogo, la Condesa habrá mirado con mucha atención á Savari. Mientras pase lo siguiente, las jugadas se harán en silencio).

Rubini. *(Tocando por el hombro á Savari).* Dispensad, señor mio, todas las personas que hay en el salón están jugando, vos sólo permanecéis neutral. ¿Tendriais la bondad de prestarme un servicio?

Savari. De qué clase?

Rubini. Soy extranjero, italiano, como lo habreis notado por mi pronunciación; conozco poco este juego, sin embargo deseo jugar, primero para distraerme y después, sea dicho entre nosotros, porque tengo una grande inclinación á la baraja. ¿Quereis tener la amabilidad de iniciarme en los misterios de este célebre *baccarat*, del cual he oido hablar mucho en mi país?

Savari. No hay ningún obstáculo para ello si puede seros agradable.

Rubini. Os doy mil gracias; ya podré sentarme al lado de estas señoras y aventurar algunos billetes sin hacer un papel ridículo.

Savari. Oh! En cuanto á éso, permitidme que os advierta que entre estas señoras no cabe el ridículo cuando se aventuran billetes de banco.

Rubini. ¿Verdaderamente les gustan los billetes?

Savari. Los adoran. *(Toma una baraja).* Cuando gustéis comenzaremos.

Rubini. ¿No sería más cómodo el sentarnos para esta primera lección.

Savari. Como queráis; aquí están las sillas.

Rubini. Pero yo no estoy sólo : ha venido conmigo á esta reunión una parienta y compatriota mia, y creo que no le disgustará el aprovechar esta lección si usted lo consiente.

Savari. Dónde está la señora?

Rubini. En aquel lugar separada de todos ; no conoce á nadie ; habla el francés, pero es muy tímida. (*Presenta á Savari á la Condesa*). Tenemos pocas relaciones en París, y sin la amabilidad de la señora d'Ermont, que ha tenido á bien convidarnos á esta fiesta, no habríamos sabido dónde pasar la noche. Ah ! París es magnífica ; pero parece un desierto cuando, como nos sucede á nosotros, uno no conoce á nadie. Debe de incomodaros mi locuacidad italiana, tendreis probablemente otras cosas en qué ocuparos, y no tengo el derecho de prolongar esta conversación ; si teneis á bien empezar las lecciones, estoy dispuesto. (*Dirigiéndose á la Condesa*). Querida amiga, este señor es bastante bueno para enseñarnos el baccarat. ¿ Recordais el baccarat, ese juego de que tanto se habló en Nápoles durante el último invierno ? Parece que se pierden en él sumas enormes ; mejor, nos distraeremos perdiéndolas. (*Se sientan los tres en un lugar separado y la lección pasa en silencio*).

Adela. Otro rey.

Beome. Poco me ama la baraja,

Armanda. El as, me choca el as !

Pelagia. Estoy medio desbancada.

Calvet. Aumento mi puesto. Copo el resto.

Adela. Tengo diez luises de banca. ¿ No hay quién apueste ?

Rubini. Voy á probar. (*Se levanta*).

Savari. No os lo aconsejo.

Rubini. ¿ Por qué ? Gracias á vuestra lección conozco ya el juego ; lo he recordado ; otra vez me he ejercitado en él.

Savari. ¿ Lo conocéis bastante para luchar con la persona que tiene las cartas ?

Rubini. Pardiez ! y cuento con la suerte. (*Se sienta á la mesa llevando en las manos un paquete de billetes de banco*).

Todos. (*Con entusiasmo*). Muy bien ! Muy bien !

Savari. (*Que habrá quedado con la Condesa, énter los otros juegan en silencio*). Señora Condesa, muy grata es para mí la ocasión de conoceros y trataros.

Condesa. Mil gracias, señor.

Savari. Es vuestra patria la Italia ?

Condesa. Sí señor, soy de Nápoles.

Savari. Y por cierto que aquella ciudad debe sentirse orgullosa de ser vuestra patria. Sois tan bella !

Condesa. Os parece así ? Señor, si fuereis á mi país os convenierais de que yo soy la última de sus hijas ; veriais mujeres verdaderamente hermosas.

Savari. No creo que seais la última ; debeis de ser la primera de las bellezas italianas.

Condesa. Estais sufriendo, señor Savari, una verdadera fascinación.

Savari. Oh! no, yo jamás he visto un tipo igual de belleza meridional, tipo admirable que domina, que seduce.

Rubini. (Haciendo alusión al juego; pero remarcando las palabras). Estoy en buen camino! La suerte se endereza!

Condesa. Os engañais quizá. Si me vieseis de día, cambiaríais de opiniones.

Savari. Si pudiera veros á todas horas, si pudiera visitaros cuán dichoso fuera yo! Permitidme, quiero ver cómo va aquel discípulo (*Señala á Rubini y le habla por detrás*). ¿Os aprovechais de mis lecciones, señor Conde?

Rubini. Muy poco, señor, para lo importante que ellas fueron.

Savari. Cómo muy poco! Teneis por lo menos cinco ó seis mil francos por delante.

Rubini. Esto no vale la pena.

Savari. Yo también quiero batirme con vos.

Rubini. Sea en hora buena. Tomad asiento.

Savari. (*Sentándose*). Mucho temo á los que juegan por casualidad.

Rubini. (*Después de haberse dado las cartas*). Soy mano.

Savari. Jugad, señores.

Pelagia. (*Al Conde*). A qué jugais?

Rubini. Copo.

Armanda. ¿Quiere ésto decir que copais el resto de la banca?

Rubini. No, lo copo todo y á mi cargo.

Savari. ¿Qué lado tomais, el derecho, el izquierdo ó á caballo?

Rubini. A caballo, sea! No sé lo que ésto quiere decir. Razón de más para ganar.

Savari. Tengo ocho.

Rubini. Entonces yo debo tener nueve.

Savari. Es vuestro mi dinero, tomadlo. (*Lo pasa*).

Rubini. (*Viendo repuesto el dinero de Savari*). Copo.

Savari. (*Sorprendido*). Otra vez?

Pelagia. Teneis el derecho de dejar la banca.

Savari. Pues no, no quiero abandonarla.

Rubini. Como gustéis. (*Tira bastantes billetes de banco sobre la mesa*).

Savari. Abandono por un momento la banca (*Se levanta y permanece en pié*).

Rubini. Esa carta es buena. He ganado. (*Recoge dinero*). Ahora van mil quinientos francos.

Savari. Van. Copo. (*Juegan*).

Rubini. Habeis perdido.

Savari. Es cierto.

Rubini. Pongo 12,500 francos.

Savari. Es corriente. (*Juegan*).

Rubini. Copo. (*Vuelven á jugar*).

Savari. Os debo la suma total de catorce mil francos.

Rubini. Me parece que debemos suspender, porque la suerte se decide apasionadamente por mí.

Pelagia. Si señores, es preciso bailar. Vamos. Adela, vos ejecutaréis un wals. (*Se levanta*).

Savari. (*A Rubini*). ¿A dónde debo remitiros el montante de mi deuda?

Rubini. Si quereis, al Hotel de los Príncipes, donde vivo provisionalmente. Ved mi dirección. (*Le da una tarjeta. Se toman del brazo y desaparecen por la puerta del centro, menos Savari*).

ESCENA V.

SAVARI.

(*Se oye el piano y se ve el baile*).

Catorce mil francos más de deuda! Oh! Catorce mil francos! Si algún día se llegara á descubrir que aún soy deudor de cincuenta mil francos á la sucesión de Mauricio Vidal, yo sería hombre perdido, quedaria completamente arruinado.... Valor....! Este Conde de Rubini me inspira aversión, le veo y le temo; hay una voz interior que me dice: *guárdate*, y sin embargo la maldita pasión del juego me impele hácia él con violencia. Mas, en medio de todo, por entre las borrascas del mundo y al través del ardiente vapor de las orgías, sombra imperecedera, tú te destacas para amedrentarme.... Mauricio Vidal, yo no puedo olvidarte, yo te veo. (*Pausa*). Valor! Es preciso sostener mi inocencia á todo trance. Oh perpétua lucha de la humanidad con ella misma! Mientras mi corazón vacila y sufre y llora, mi semblante debe sonreír!.... Juegos! Sarcasmo eterno de mi eterna desdicha!.... Mujeres! ironía sangrienta de mi destino!.... Música! funerario són!.... Juegos, mujeres y música, yo os acepto; jugad conmigo como lo hace con los carteles medio desprendidos de los sepulcros el soplo de la tarde.... Vamos! El placer está aquí; busquémosle para ahogar el grito desgarrador de la conciencia. Amemos, bebamos, juguemos!

ESCENA VI.

SAVARI Y LA CONDESA JULIA.

Condesa. (*Saliendo del salón del baile*). Señor, pareceis poco adicto al baile. No os he visto en el salón.

Savari. Verdaderamente, señora, hoy gusto poco de ese divino placer. Por otra parte, el juego no me ha sido propicio, y vuestro recuerdo.... Oh! vuestro recuerdo me inunda y me aísla. Pensa ba en vos.

Condesa. Es demasiada la honra que me concedéis. Sois muy bueno!

Savari. Todo lo merecéis: si mirais, con vuestra mirada os apropiáis el Universo. Cuánta ternura habrá en el alma que mira con esos ojos!

Condesa. Os quema, señor, el fuego de vuestra misma elocuencia.... Teneis talento, señor Savari.

Savari. Talento! Oh! si él me sirviera para obtener vuestro amor! (*Con mucho entusiasmo*). Condesa, no es posible veros sin amaros; yo os adoro.

Condesa. (*Retrocediendo*). No, es imposible que hayais podido concebir pasión tan grande y ardiente en tan poco tiempo. No lo creo.

Savari. Creedlo, señora, yo os lo juro. Exigid de mí lo que queráis; soy vuestro, enteramente vuestro.

Condesa. ¿Puedo exigiros lo que yo quiera?

Savari. Sí, hasta el sacrificio, hasta la muerte por vos, divina italiana.

Condesa. Está bien: yo quiero probar vuestra adhesión á mí. Yo amo con mucho fuego, y para conceder mi amor debo cerciorarme de la capacidad del amante para soportar el peso de mi cariño.

Savari. Vos trastornais mi cabeza, embargais mis sentidos, no sé lo que es de mí, la felicidad me aboga.

Condesa. ¿Hay felicidad en ser amado?

Savari. Sí, mucha; pero en ser amado por vos.

Condesa. Bien, yo os amaré; mas quiero ante todo conoceros, medir y sondear vuestro corazón. ¿Ireis á mi habitación?

Savari. Sí: sabed que soy deudor al señor Conde, vuestro pariente, de catorce mil francos; yo iré á pagarlos, haré la primera visita, y lo demás Dios y vos lo hareis.

Condesa. (*Remarcando*). Sí, lo demás Dios y yo lo haremos. (*El piano acentúa una danza*).

Savari. Vamos á bailar, Condesa.

Condesa. Vamos. (*Le da el brazo y desaparecen*).

ESCENA VII.

EL CONDE DE RUBINI (SALE SIN SER VISTO).

Bien vamos!.... Según las últimas palabras que han llegado á mis oídos envueltas en las notas armoniosas de ese piano, vos Alberto Savari, alma de hielo, corazón de bronce, vos habeis caido al golpe envenenado de los dardos del dios niño; vos estais loco de amor por la viuda hermosa, incomparablemente bella del hombre á quien asesinasteis; y ella, que juró vengarse á su esposo, á sabiendas os tiene aprisionado en las redes que aquí forman en este momento la astucia de la mujer y la ley francesa. Terrible alianza! Es el poder naval de la vieja Inglaterra ligado con el arrojo

indomable del pueblo francés. Se rendirá el enemigo. (*Se ve á Savari que danza con la Condesa*). Hélos allí, danzan alegremente. Julia, la heroica genovesa, comprime en su lacerado corazón el duelo conyugal. Savari oculta con maestría las sombras de su crimen.... Qué de sonrisas! Qué de palpitaciones de entusiasmo! Qué de suspiros reprimidos! Qué de amorosos galanteos!.... Si esta no es la escena de la serpiente del paraíso terrenal, Belzebú no ha existido jamás.... Hola! Se regalan flores.... Vuelven hácia este lado.... Esperemos.

ESCENA VIII.

DICHOS, LA CONDESA Y SAVARI.

Savari. (Saliendo de brazo con la Condesa. Ella lleva flores). Como esas flores, como su aroma, como su frescura, así sois, Julia.

Condesa. Gracias! Sois galante en extremo.

Savari. (A Rubini). Señor Conde, dejais pasar los mejores momentos de esta frugal diversión.

Rubini. Grata por cierto; pero estaba cansado y determiné buscar el aire libre y el sosiego.

Savari. Haced bien: nosotros buscamos ahora lo mismo.

Rubini. Me parece admirable en el piano la señorita Adela. Qué modulación! Qué armonía! Qué belleza!

Savari. ¿Y habeis oido, señor Conde, á la señorita Armanda? Ella fué quien tocó la última pieza.

Rubini. Admirable!

Condesa. Incomparable.

Savari. (A Julia). Y vos, señora, hija del país de las bellas artes, ¿no tocais también?

Condesa. Muy poco, señor.

Rubini. Es una notabilidad artística.

Savari. Cuánto me complacería el oiros!

Condesa. Quizá después pueda complaceros.

Savari. Gracias. Lo espero- (*Se oye tocar otra pieza*).

Rubini. (A Savari). Con vuestro permiso, señor Savari, voy á bailar esta pieza con mi parienta. (*La toma y desaparece. Continúa viéndose el baile*).

ESCENA IX.

SAVARI.

Dios mio! Si el amor de una mujer hermosa es la felicidad, vos me la habeis concedido!.... Quién pudiera borrar el pavoroso recuerdo de la Calle de la Paz y del mes de Octubre!.... La prensa oficial ha dicho ya que soy inocente, y esto basta para el mundo externo.... Vamos!.... Adelante! Alberto Savari, tú que has podido poner una venda impenetrable en los ojos de la

experta policía, puedes hacer ciega á la sociedad. . . . Condesa, yo os daré mi corazón, mi mano. . . . En tierra extranjera, libre, feliz y unido á vos, quizá cambie del todo el aspecto sombrío de mi conciencia. . . . Conciencia ! Tú no eres una palabra sin sentido : yo te siento, tú me hablas, tus fallos son inexorables. Huyo de tí, y huyendo vas conmigo. Para abandonarte sería preciso arrojarse á las corrientes del Sena, tenderse bajo las ruedas de las locomotivas de vapor, ó inspirar el cloroformo. Sería preciso suicidarse. . . . ¿ Y más allá de la tumba no te alzarás tan majestuosa y terrible como un Dios ?

ESCENA X.

DICHO Y ESTEFANÍA.

Estefanía. (*Batiendo el abanico*). Qué calor ! Meditais, señor Savari ? Yo quiero meditar también.

Savari. No, no, he buscado el reposo por un momento ; como vos, siento calor. (*Aparte*). He visto en ella algo inusitado y quizá terrible. Esta mujer es capaz de todo. ¿ Qué querrá ?

Estefanía. ¿ Habéis bailado, señor ? Yo os he visto fino en extremo con la señora Condesa de Rubini, y á fe que teneis razón : os habeis prendado de una diosa. . . .

Savari. Francamente, señora, no hablemos de eso porque en verdad la amo y vuestras palabras me incendian. Tratemos de otra cosa : ¿ cómo habeis podido venir, siendo Langlade tan celoso, tan valiente y tan severo como es ?

Estefanía. A mi turno, señor, no me hableis de él porque su recuerdo me mortifica : hace seis años que marchito mi juventud y gimo bajo su yugo de acero. Qué tiranía ! Pero ahora sí, gracias á Dios ! voy á ser libre : he jurado independencia ó muerte como una colonia americana.

Savari. Cómo ! ¿ Qué habeis hecho de aquel coloso ?

Estefanía. Aquel coloso de Langlade, hijo de Hércules por su fuerza y de las cadenas por sus atentados, confiado en el poder de sus brazos me ha suprimido del mundo ; más que su amante, yo era su esclava. Es verdad que él me obsequiaba con el lujo de una reina, pero recortaba al mismo tiempo mi cara libertad. Yo era una avecilla cogida en la selva y encerrada en una jaula de oro. Le fingía amor, y le odiaba en verdad. Por eso le tengo ahora en lugar seguro.

Savari. ¿ En cuál lugar seguro ?

Estefanía. En la cárcel.

Savari. Y por qué ? Acaso su conducta doméstica le ha hecho detener ?

Estefanía. Sí y no : sí, porque su despotismo me ha exasperado hasta obligarme á librarme de él de cualquier modo ; no, porque el verdadero motivo de su prisión es un crimen positivo.

Savari. Un crimen ! Cuál ?

Estefanía. Como es ya del dominio de la justicia, el hecho no merece reserva.

Savari. ¿Le habeis denunciado?

Estefanía. Sí, le he denunciado porque cometió un asesinato en la Calle de la Paz en el mes de Octubre.

Savari. En la Calle de la Paz! En el mes de Octubre! Vive Dios, que ésto es sorprendente!

Estefanía. Nada tiene de sorprendente: por hechos semejantes ha conocido en tiempos anteriores los presidios de Brest y de Tolón. Acostumbrado después á mi mansedumbre y tolerancia, ha querido abusar de su potencia en otra parte, ha encontrado la resistencia que es natural, ha descargado su golpe, y hélo allí criminal.

Savari. ¿A quién ha matado, dónde, con qué arma?

Estefanía. Nada de éso sé. Una noche se presentó en mi casa pálido y conmovido, y me dijo: "Teme mi furor. Acabo de matar á un hombre en la Calle de la Paz; pero nadie lo sabe. Es imposible que me puedan descubrir. Sábelo y calla." Goliat me miró horriblemente.

Savari. ¿Y luégo?

Estefanía. Como un inglés joven, rico y apuesto, á quien adoro hoy, daba pábulo á mi amor y á mi ambición, hube de buscar el medio de que él me visitara sin correr el peligro de que fuésemos despedazados por Langlade: he denunciado su crimen y está en tela de juicio. A mí me llaman *Sol Poniente* por mi color encarnado y mis cabellos rubios. ¡Ay de aquellos para quienes mi *sol se pone*!

Savari. En tela de juicio por un asesinato cometido en la Calle de la Paz en el mes de Octubre! No comprendo!

Estefanía. El sabe ya que el rico inglés ha ocupado su lugar en mi corazón; sabe que por éso le he denunciado; busca la muerte en todas direcciones, y ha confesado su crimen.

Savari. (Con asombro). ¿Ha confesado su crimen? ¿El crimen de la Calle de la Paz?

ESCENA XI.

DICHOS Y BEOME.

(*El piano modula una nueva pieza.*)

Beome. Sol Poniente, venid; yo no he bailado con vos; es preciso que me concedais ese honor.

Estefanía. A vuestras órdenes, señor. (*A Savari.*) Con vuestro permiso, caballero. (*Vanse.*)

ESCENA XII.

SAVARI.

Qué acabo de oír! Conque hay un autor confeso de mi propio crimen! Sol Poniente está loca! Langlade está loco! Yo sueño! Si en el asunto no se mezclara siniestra y amenazadora la cuchilla de la guillotina, yo podría reír de este *quid pro quo*. (*Pausa*). Justicia humana! Diligente y activa Policía de París, en dónde está vuestro criterio?... Mañana llevareis con todo el aparato de vuestras ejecuciones al inocente á la muerte, y el verdadero delincuente estará obligado á presenciar impasible vuestra mísera justicia. La prensa judicial dirá después: "La vindicta pública ha quedado satisfecha. El crimen ha sido debidamente castigado. El criminal fué ajusticiado tal día á tal hora. Su cabeza rodó al golpe de la espada de la ley en presencia de una multitud alborozada;" y Satanás hará entonces una mueca horrible ante los ojos de los Magistrados de Francia y en los oídos de ellos resonará la sarcástica carcajada de él. (*Pausa*). Sin embargo, he aquí dos cosas muy importantes para mí: mi perfecta vindicación puesta en la confesión de Langlade; el amor de la italiana, brotado de sus labios consolador y dulce como la fuente del desierto al golpe de la vara mágica de Moisés..... La suerte se decide: el hombre cuya inocencia brilla tan claramente, debe ser amado por la beldad que le inquieta. Todo viene en mi auxilio. Aceptemos los acontecimientos. Desde este momento, amante cuál ninguno, inocente y puro por la evidencia de los hechos.

ESCENA XIII.

DICHOS Y LOS CONDES DE RUBINI.

Rubini. (*Saliendo con la Condesa*). Estamos en una hora bastante avanzada. (*Ve su reloj*). La una. Creo que no dure ya mucho esta reunión. Es delicioso el vino de Champaña. (*A Savari*). Por lo que veo, señor Savari, habeis bailado poco y no os habeis dignado acercar á los labios ninguna de las ricas copas que allá están servidas. Gustais de la soledad, y pensais tanto como si fuérais un hombre de Estado sobre cuyos hombros pesase la responsabilidad de la actual borrascosa política de Francia.

Savari. Sí, señor Conde: cada hombre tiene sus placeres especiales; los míos están en la soledad y en la meditación. Solamente al ver á vuestra bella parienta, siento que despiertan mis potencias.....

Rubini. Sea, todo sea; ¡pero querriais acompañarme á tomar un poco de vino? Lo haremos en nombre de la Condesa.

Savari. Con mucho gusto, señor Conde.

Rubini. Vamos.

Savari. Vamos. (Desaparecen).

ESCENA XIV.

CONDESA.

Miserable intriga! Para descubrir al asesino de mi esposo es preciso que yo finja amor al que suponen delincuente, que la Policía tenga un supuesto Conde de Rubini, que descienda yo hasta esta orgía voluptuosa, exprimiendo en lo más íntimo del corazón las lágrimas de la viuda infeliz, mientras circula en mis labios la fingida sonrisa de la mujer amante... y amante de quién! del que probablemente hundió desapiadado el acero homicida en las entrañas de mi Vidal. No, esto no puede ser! (*Llora*). Alberto Savari, yo os detesto! Si, como lo creo, sectario de Caín, vos sois el matador de mi esposo, morireis en mis manos! (*En este momento se ve en la sala del baile un círculo de personas que beben. Entre ellas estará Savari*). Sí, bebed, apurad la copa del placer hasta las heces, en tanto que yo agoto el cáliz de la amargura. Bebed, Alberto Savari, la sangre de las uvas después de haber bebido la sangre de vuestro hermano... Bebereis delicioso néctar en mis sonrisas, sin saber que allí está el tósigo que os dará la muerte. Tengo que violentar mi corazón para fingiros amor, oh monstruo!; pero vos también fingisteis inocencia y sangre fría ante el Juez de instrucción, cuando os interrogó sobre vuestro crimen. De ficción á ficción, Alberto Savari... Lo demás, Dios y yo lo haremos. Vos lo habeis dicho. (*Pausa*). Si se embriagara este hombre, y así embriagado revelara su secreto siniestro!... Pero no, un hombre como éste no se embriaga jamás!

ESCENA XV.

DICHA, SAVARI, RUBINI, ESTEFANÍA, Y DESPUÉS CALVET Y BEOME
CON SEÑALES DE EMBRIAGUEZ.

Rubini. Verdaderamente teneis (*dirigiéndose á Savari*) la cabeza más privilegiada. Podriais beberos las aguas del Canal de la Mancha, sin que se os viese tambalear.

Savari. Ah! no, yo nunca me embriago; no bebo con exceso.

Rubini. No ha sucedido lo mismo á Calvet y á Beome: ellos peroran ahora con la majestad de los oradores parlamentarios, y tienen incierto el paso como si anduvieran en la escabrosa senda de la cosa pública... Algunas de las damas...

Savari. No lo digais: es abominable en sumo grado la embriaguez de las mujeres. Toman el aire horroroso de las arpías y de las parcas de la Mitología.

Rubini. A propósito, ved: ahí vienen Calvet y Beome heridos

por el rayo del dios Baco. (*Estos entran muy descompuestos, trayendo en las manos coronas de flores de las que adornaban el segundo salón, las que pondrán en la cabeza de Estefanía*).

Beome. Os coronamos reina de la función, oh divina Sol Poniente !

Calvet. Os coronamos, sí, os coronamos.

(*En este momento la luz del día se dejará entrever y se oirán tiros de fusil en lugares lejanos*).

ESCENA XVI.

DICHOS Y PELAGIA.

Pelagia. Señores, la luz del día nos sorprende. Acaba de sonar el cañón con que París pregona sus derechos. Los coches esperan en la puerta. (*Se oyen más detonaciones*).

Savari. Condesa, noble señora, hasta otro día.

Condesa. Alberto Savari, adiós !

Savari. Señor Conde. . . .

Rubini. Señor. . . .

(*A proporeión que todos van acercándose á la puerta lateral de salida, va cayendo el telón*).

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO.

Sala de Audiencia en la Corte de Asises del Sena.

ESCENA I.

PRESIDENTE, JUECES, JURADOS, LANGLADE EN EL BANCO DE LOS ACUSADOS, FISCAL Y DEFENSOR, GENDARMES, Y ESPECTADORES FUERA DEL RECINTO.

Presidente. Se abren los debates. . . . Señores Jurados: se os ha convocado para fallar en el proceso por asesinato, seguido con motivo del que se perpetró en la Calle de la Paz en Octubre del año anterior. Ha llegado la hora de cumplir este augusto deber. Teneis sobre la mesa el proceso y los instrumentos del crimen. (*La cartera y el cuchillo*). Aquí está el acusado: á él me dirijo:—¿Cómo os llamais?

Langlade. (*Puesto en pié*). Héctor Langlade.

Presidente. ¿Vuestra edad?

Langlade. Treinta y seis años.

Presidente. ¿Habeis nacido en el Departamento de Vaucluse?

Langlade. Sí, cerca á Aviñon.

Presidente. ¿Habeis sido condenado dos veces: la primera á cinco años y la segunda á veinte de trabajos forzados?

Langlade. Sí.

Presidente. Señor Relator, dignaos dar lectura al acta de acusación.

Relator. (*Qué será uno de los Jueces*). Hector Langlade, de treinta y seis años de edad, natural del Departamento de Vaucluse en Francia, ha sido dos veces condenado á trabajos forzados por el delito de robo, y dos veces ha fugado de los presidios de Brest y de Tolón. Por denuncia de Estefanía Cornu, alias Sol Poniente.

Langlade. Por denuncia de ella! . . . Infame! . . .

Relator. Por denuncia de la Cornu y por su propia confesión, hoy comparece Langlade ante esta Corte de Asises á responder sobre el cargo de asesinato cometido en la Calle de la Paz en el

mes de Octubre del año anterior. Presentes los señores Jueces y los señores Jurados, el señor Presidente ha hecho al acusado las preguntas conducentes á fijar la identidad de su persona, y las respuestas han estado de acuerdo con las contestaciones que anteriormente dió en su confesión.

Presidente. (A Langlade). Volveos á poner en pié, acusado.

Langlade. Para qué?

Presidente. Para que continúeis absolviendo mi interrogatorio.

Langlade. Eso es inútil: yo no quiero contestar.

Presidente. Debo advertiros que agravais vuestra causa en la opinión de los señores Jurados si persistís en callar.

Langlade. He confesado mi crimen, ¿qué más queréis?

Presidente. Se quiere oír de vuestra propia boca y sin tener que referirse exclusivamente á las declaraciones de los testigos, de qué manera se cometió el crimen. Os lo repito, la indulgencia del Jurado y del Tribunal no se os concederán si no os sometéis á los usos que están en vigor en este recinto.

Langlade. No pido la indulgencia de nadie. Enviadme cuanto antes al cadalso. Eso es lo que deseo.

Defensor. Langlade, es preciso que seais dócil á estas fórmulas inevitables; no prepareis los ánimos en contra.

Presidente. Puesto que el acusado se deniega á contestar y no hay ningún medio de obligarle á que lo haga, se procede al examen de los testigos. (A los gendarmes). Haced entrar al primer declarante.

ESCENA II.

DICHOS Y ESTEFANÍA CORNU.

Presidente. ¿Os llamais Estefanía Cornu, alias Sol Poniente, y sois la misma persona que ha denunciado á Héctor Langlade por el delito de asesinato?

Estefanía. Sí, yo soy la persona denunciante que acabais de nombrar.

Presidente. Decid todo lo que sepais acerca del hecho criminal y de la persona delincuente.

Estefanía. Señor Presidente. Héctor Langlade, el hombre que aquí está presente, ha sido mi amigo durante mucho tiempo, y por lo mismo le conozco suficientemente. Dispone de una extraordinaria fuerza muscular, de la cual abusa con frecuencia para hacerse temer. Desde que le conocí, dos veces ha sido condenado por la Justicia y otras tantas se ha evadido de los lugares de castigo. En cierta noche del mes de Octubre próximo pasado se presentó en mi casa bastante inmutado y me dijo que acababa de matar á un hombre en la Calle de la Paz, hecho por el cual lo he denunciado. Yo no conozco los pormenores del acontecimiento, y lo que acabo de expresar es cuanto sé.

Presidente. Retiraos. (*Sale*).

ESCENA III.

DICHOS MENOS ESTEFANÍA.

Presidente. (*A Langlade*). ¿Teneis alguna observación que hacer á la declaración que acabais de oír?

Langlade. Todo es exacto: yo fui quien dió el golpe. Acabemos.

Presidente. En fuerza de esta nueva y terminante confesión y de la declaración que acabais de oír, todo lo cual es lo más sustancial y convincente del proceso, resolvemos, salvo reclamación en contrario, que no hay necesidad de ulteriores investigaciones. (*Todos hacen señal de asentimiento*). En consecuencia, el señor Abogado Fiscal tiene la palabra.

Fiscal. (*Puesto en pié*). Señores Jurados. Al presentarme ante vosotros para sostener esta terrible acusación, me siento poseido de una gran triteza porque voy á pedir os un veredicto cuyas consecuencias serán espantosas. Pero debo acallar mis sentimientos y acordarme ante todo de que soy aquí, no solamente el mandatario de la sociedad ultrajada por un gran crimen y de un hombre de bien asesinado, sino que también el defensor de la vida humana. Mi tarea es difícil, lo comprendo; pero procuraré estar á la altura de mi deber. Ante todo es preciso que conozcais, señores, al hombre que está delante de vosotros en el banco de los acusados. Yo he agrupado en el proceso todos los datos relativos á la vida de Héctor Langlade, desde su nacimiento hasta hoy. Allá, en las inmediaciones de Aviñon, unos pobres obreros de una fábrica de telas, le dieron el asilo que la caridad ofrece á los huérfanos desvalidos. Cuando cumplió un año ya no tenía padres. A los catorce, abandonó aquel lugar de virtud y de industria para entregarse á la vida de los merodeadores, época en la cual ha debido participar de todas aquellas pillerías que el carácter *sui generis* de los gaminos de esta gran metrópoli, exige á los muchachos de esa especie. Anda el tiempo, y en la mañana de la juventud aparece sujeto á la jurisdicción criminal por el delito de robo. Es condenado á presidio y se fuga del establecimiento de Brest. Perseguido como prófugo, siempre disfrazado, siempre escondido, reincide en el mismo delito, y se le vuelve á juzgar y á condenar; pero entonces se evade otra vez, no ya del presidio de Brest, sino del de Tolón. Faltábale para complementar su tenebrosa carrera un asesinato, y hélo ahí asesino alevoso á los treinta y seis años de edad! La prueba de este último hecho, sobre el cual vais á fallar, está mil veces repetida en los autos, á saber: *su propia y espontánea confesión*. Es esta la prueba más completa y convincente de todas las que registra la legislación francesa; y es notable que este acto no emana del tormento, como anteriormente sucedía, sino que es libre, como lo acabais de oír. Todavía resue-

nan en nuestros oídos estas palabras proferidas por el acusado hace un momento: *Todo es evidente, he sido yo quien ha dado el golpe. Acabemos*; y ciertamente, él fué quien dió el golpe sobre la persona indefensa de Mauricio Vidal, y ese golpe se llama asesinato en el código de las penas. Bien claras son, por otra parte, las pruebas del cuerpo del delito: allí están los reconocimientos de los médicos, la declaración de la viuda, la del portero y finalmente la de Estefanía Cornu, que acabais de oír tan clara y terminantemente expresada, tan clara y terminantemente ratificada por Héctor Langlade. En virtud de lo expuesto, hay necesidad de reconocer que este hombre es el único responsable del crimen por el cual se le ha llamado á responder, y que debe sufrir la pena correspondiente. Señores Jurados! Podeis estar seguros de que si hubiera alguna circunstancia, algún hecho, algún destello de inocencia que me impidiera invocar la pena de muerte, esa eliminación social que tiene por apoyo la conciencia de Francia, yo no la pediría; la rechazaría desde luego porque es espantosa, terrible, irremediable; pero, señores, ved que ese proceso no admite otra solución, y considerad que mi deber está garantido por solemnes juramentos, escrito en nuestras leyes, grabado en mi corazón. Meditad, señores Jurados, y fallad!

Presidente. El defensor tiene la palabra.

Defensor. (*Poniéndose en pié*). Señores Jurados! Como el Ministerio público, yo quiero remontarme á la infancia y á la juventud del acusado, ya que ciertamente hay en el proceso comprobaciones sobre ellas. Héctor Langlade fué un niño sin padres; pero, ¿esto es un delito? No, señores: es simplemente una desgracia, es el genio del mal cebándose desapiadado en la inocencia indefensa; es la tempestad concretando sus corrientes sobre las débiles hojas de un arbusto; es el torrente social arrastrando entre sus ondas turbulentas la semilla que cayó del árbol de sus riberas. La nación, esta Francia tan rica y benéfica, no tuvo un establecimiento de educación en donde se formara para el bien el alma de Héctor: nadie salvó á la inocencia; nadie cubrió la flor; nadie recogió la semilla. Todos vieron con ojos indiferentes estos desastres, y hoy preguntan: ¿por qué se pervirtió ese niño desamparado?... Injusta sociedad, porque vos lo quisisteis.... Señores Jurados, porque vosotros lo permitisteis.... Señores Magistrados de la Corte de Asises, porque vosotros lo habeis tolerado también; y en el más estricto rigor de la lógica, los que pudiendo impedir un delito, no lo impiden, son cómplices en él, y los cómplices no pueden ser jueces imparciales!.....

Presidente. (*Interrumpiéndole*). Al orden, señor Defensor. Ninguna palabra que ofenda á esta augusta Corte, os es permitida.

Defensor. Señor Presidente! Si la verdad es irrespetuosa y ofensiva, juzgadla á ella porque se exhibe espontáneamente en todas partes, aún contra la voluntad del mundo, y los que la nombramos, no hacemos más que reconocerla. ¿Pecaría hoy quien

¿dijera que el sol brilla? ¿Pecaría quien asegurara que la tierra está ejecutando su movimiento de rotación? No, pecarían en ese caso el sol y la tierra. Yo decía que la sociedad es responsable de la primera suerte de este hombre, y si hoy se queja de él, si le es gravoso, debe culparse ella misma..... Ciertamente es que Langlade fué amparado en casa de unos industriales y que de allí se separó luego. De esta separación se quiere hacer otro cargo; pero como no hay pruebas sobre el motivo de ella, con el mismo derecho con que se cree que fué por odio al trabajo, yo quiero darle su racional y verdadera explicación. La caridad para con los niños huérfanos, no consiste en darles pan y ocupación, no, esa es la caridad para con los hombres ya formados. En la caridad de la infancia hay caricias, ternura, cuidados, santas y dulces inspiraciones; en suma, algo que sólo existe en el corazón de los padres. Trabajo y pan solamente; trabajo duro y pan negro, hé ahí la causa de la desesperación y la fuga del niño Héctor. La suposición de que en seguida se entregara á todas las pillerías de los gaminos, por ser enteramente infundada no ha de permanecer siquiera en vuestra memoria. Mi conciencia me ordena que defienda á este desgraciado, aunque él me rechaza y no quiere ser defendido. Se declara culpable: pues bien, yo sostengo que él quiere simplemente morir, y que el condenarle sería coadyuvar á un suicidio. ¿Vosotros no quereis esto; vosotros no podeis hacerlo! Vamos ahora al fondo del asunto. Los hechos en que se funda el cargo de asesinato, no están suficientemente esclarecidos. Resulta que Mauricio Vidal no conoció jamás á Langlade, y por consiguiente no pudo ocurrírsele la idea de escribir su nombre en el cuaderno que teneis á la vista. Decid: ¿dónde está la comprobación de ese conocimiento? Buscadla en el proceso, y si la hallais, desmentidme á la faz de la Francia. La víctima de Langlade, según las deposiciones de los testigos, tenía la piel colorada, excesivamente colorada, mientras que, según aseguran todos los que conocieron á Vidal, su palidez era notoria. Pensad en esto, señores; llamo sobre ello vuestra atención. Jamás ha dicho el acusado á quién dió la muerte, nunca ha nombrado á Mauricio Vidal. Hay en este proceso algo de extraño y misterioso, que debe hacer vacilar vuestra conciencia. Un crimen se comete, un hombre se declara culpable, y se reúnen contra él ciertas pruebas, convengo en ello. Mas, á pesar de la confesión, á pesar de esas pruebas, yo en vuestro lugar dudaría, os lo juro! Ó mejor, no dudaría, absolvería á este hombre. Preferiría la impunidad de un criminal á tener que llorar toda mi vida la muerte de un inocente! No olvidaría sobre todo estas palabras de uno de nuestros más grandes oradores: "Cuando Dios no da á los hombres el completo esclarecimiento de un crimen, esto es prueba de que no quiere hacerlos jueces de él, y de que se reserva la decisión en su Tribunal Supremo." Oidlo bien, acusado: Dios no quiere que los hombres sean vuestros jueces, y vos os obstináis en contrariar á Dios, así como el gusano de la tierra se arquea cuando estalla el rayo en ademán de de-

tener su curso ! Héctor Langlade, vos no teneis el derecho de haceros matar por la justicia humana, porque esa justicia no os pertenece ; no podeis complicarla en vuestro suicidio, porque manchais su augusta majestad ! Esta justicia no es vuestra, es de unos millones de hombres que se apellidan franceses. Langlade, sois un cobarde, porque no teniendo el valor suficiente para soportar la desgracia ó para hundiros vos mismo un puñal en el corazón, haciéndoos así el único responsable de vuestro suicidio ante Dios y ante los hombres, venís á implorar el que la Corte de Asises os hiera con su mano Está bien ! (*Acercándose al acusado y tomándole la mano*). Oid que el bronce de las torres de París llora por vos ; ved allí la guillotina, sobre ella os exhiben como un criminal á quien la sociedad debe aborrecer ; ved que vuestros cabellos vuelan por el viento El funesto resorte se mueve, la infame cuchilla se estremece, vacila, cae, se acelera, corta, destruye Cobarde entre los hombres y maldito de Dios, vos no encontrareis ni compasión en el mundo, ni misericordia ante el Eterno Juez, único dueño de la vida Héctor, despertad Hablad, en nombre del Cielo !

Langlade. (Conmovido). Pues bien, no, yo no soy culpable ! (*Conmoción general*).

Presidente. Muy tarde proclamais vuestra inocencia. Después de haber rehusado hasta ahora contestar á nuestras preguntas, parece que habeis querido reservaros para dar un golpe dramático de grande efecto ; y nosotros rogamos á los señores Jurados que no se dejen sorprender. Si sois inocente, ¿por qué no lo habeis dicho antes ?

Langlade. Pardiez ! Porque yo me creía culpable.

Presidente. Vos creiais ser culpable ! ¿Se puede creer que se ha asesinado á un hombre sin haberlo hecho ?

Langlade. Si, yo he matado á un hombre ; pero no era vuestro Mauricio Vidal.

Presidente. ¿Cómo se llamaba, pues, vuestra víctima ?

Langlade. No lo sé ; pero tenía otro nombre.

Presidente. En qué os fundais para creer ésto ?

Langlade. En todo lo que se ha dicho, en una multitud de cosas que no son ciertas : yo me serví de mi puño para atacar al individuo, y lo maté en una puerta, al pié de una escalera.

Presidente. Rogamos á los señores Jurados que se fijen en la inverosimilitud de este relato.

Langlade. Inverosimilitud ! ¿Qué interés puedo yo tener en decir que he matado á éste ó al otro ? De todos modos me condenareis !

Presidente. Pero vos esperais retardar así la hora de vuestra condenación.

Langlade. Si yo hubiera deseado el retardo, habría hablado desde el principio ; yo veía bien que errabais el tiro.

Presidente. ¿Y por qué os defendeis tan tardíamente ?

Langlade. Ese es mi secreto.

Presidente. Fué en la Calle de la Paz donde asesinásteis al hombre de quien habláis ?

Langlade. Sí, no sé en qué número; pero fué en esa calle.

Presidente. ¿ Qué hora era ?

Langlade. Poco más ó menos las diez de la noche.

Presidente. ¿ Y ésto pasó en Octubre ?

Langlade. Sí, á fines de Octubre.

Presidente. Pues bien ! Vos mismo acabais de pronunciar vuestra condenación ; solamente Mauricio Vidal ha sido asesinado en la Calle de la Paz en Octubre, ni siquiera en Setiembre ó en Noviembre.

Un Jurado. Señor Presidente, pido permiso para hacer una observación verbal.

Presidente. Teneis la palabra.

Jurado. Es deber mío el llamar la atención del Tribunal sobre un hecho que acaba de surgir en mi memoria y que es poco conocido : en el mes de Octubre pasado, algunos días después del asesinato de la Calle de la Paz, uno de mis amigos fué encontrado muerto en la puerta de una casa, al pié de una escalera. No había en él ninguna señal de herida que permitiese pensar en un crimen, y se supuso que siendo de un temperamento esencialmente sanguíneo, habría muerto de un ataque de apoplejía fulminante. Sobre su sien izquierda se notaba una extensa mancha negra. Yo fuí el primero en pensar y decir que la cabeza de mi amigo al caer había chocado contra el pavimento, y me explico ahora cómo el puño formidable del acusado, dando en la sien, pudo producir la mancha y causar la muerte. *(Hay confusión, rumores, desorden por un momento dentro y fuera de la Corte).*

ESCENA IV.

DICHOS Y VIBERT.

(Este se presenta con el vestido de agente de Policía).

Vibert. Señor Presidente, en mi calidad de empleado de Policía, pido la audiencia de la Corte.

Presidente. Hablad, señor agente de Policía.

Vibert. *(Presentando un retrato al Jurado que ha hecho uso de la palabra).* ¿ Conoceis al hombre que representa este retrato ?

Jurado. Sí le conozco.

Vibert. *(A Langlade).* Vos le conoceis ?

Langlade. Sí.

Vibert. *(Al Jurado y á Langlade).* ¿ Quién es él ?

Jurado. Es el amigo mío que fué muerto.

Langlade. Es el hombre á quien yo maté.

Vibert. *(Mostrando otro retrato y dirigiéndose á Langlade).* ¿ Conoceis á este hombre ?

Langlade. Jamás le he visto.

Vibert. (A todos). ¿Le conocéis vosotros?

Todos. Mauricio vidal!

Vibert. Estos dos cuadros constituyen nuevas probanzas que la Policía de París suministra á la Corte de Asises para hallar el verdadero culpable en el crimen que se investiga. Los dejo aquí, y queda de este modo cumplido mi deber.

ESCENA V.

DICHOS, MENOS VIBERT.

Fiscal. Señor Presidente. A causa del incidente que se presenta, de la opinión emitida por uno de los señores Jurados en cuanto al fondo de la causa y de los datos últimamente traídos por la Policía, el Representante de la ley os pide que este juicio pase á otra sesión.

Presidente. Es este el caso más claramente previsto para la suspensión de los debates, y se tiene en cuenta la petición del señor Abogado Fiscal. Se resuelve que el asunto pase á otra sesión. (A los gendarmes) Llevad al acusado. (Todos se ponen en pié. El acusado parte).

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Lujosa habitación de los Condes de Rubini en el Hotel de los Príncipes.

ESCENA I.

EL CONDE Y LA CONDESA.

(Al levantarse el telón la Condesa está ejecutando una pieza en el piano y el Conde la contempla en silencio).

Condesa. Ah! Cuánto me recuerdan estas notas los días de mi fugaz felicidad! ¿No es verdad que la música tortura el corazón?

Conde. O levanta y entusiasma el ánimo, según las circunstancias.

Condesa. Es verdad: la música marcial que retumba en torno de los reyes condenados al suplicio, debe de sonar en sus oídos como un acento de muerte, y los conciertos de sus palacios, como la voz de la gloria

Conde. ¿Y no sabeis que la naturaleza toda es una inmensa orquesta?

Condesa. Lo sé: las ondas del Mediterráneo murmuran como el eco de las trompetas entre el estruendo de una gran batalla; el viento entre las almenas de nuestras ciudades produce majestuosas melodías; al estremecer las ramas de los álamos canta con indecible ternura; el arroyo de los Alpes suena como un concierto de pianos, y los tumultuosos tumbos del Ródano esparcen en los aires todos los tonos. No hay duda, el Universo llora y rie!

Conde. Sí, rie y llora como lloran y rien los hombres.

Condesa. Yo, por ejemplo, he reído un momento y voy á llorar toda la vida

Conde. Doblemos estas páginas sombrías y hablemos de nuestros asuntos. ¿Ninguna confidencia, ninguna revelación aún?

Condesa. Ninguna: en cuanto á la responsabilidad que investigamos, Alberto es un sepulcro; bien que, como hasta ahora no le he dado una respuesta categórica acerca del amor que dice profesarme, él todavía se mantiene dentro de ciertos límites, y yo le retengo pendiente de mis labios por conveniencia, por estrategia.

Conde. Está muy bien, procedéis con todo el acierto apetecible; pero esta investigación demora ya mucho tiempo, no obstante que hemos empleado todos los medios aparentes para llevarla á término feliz: hace veintisiete días que Alberto Savari frecuenta este departamento; le he condonado los catorce mil

francos de su deuda de juego; le he abierto anexas las puertas de la amistad; le he llevado á mis paseos; vos le habeis demostrado aprecio, ya que no amor; y sin embargo, ni una palabra comprometedora ha salido de sus labios. Indudablemente él es un gran talento educado para la intriga.

Condesa. O es un hombre en realidad inocente de ese infame asesinato, como yo me atrevo á creerlo, fundada en la ocurrencia de Langlade.....

Conde. La ocurrencia de Langlade! ¿Sabeis el desenlace de ese asunto?

Condesa. Sólo sé que fué denunciado por Estefanía Cornu y que confesó el hecho. Siendo ésto así, la inculpabilidad de Savari es evidente.

Conde. ¿Es decir que no habeis visto la "Gaceta de los Tribunales"?

Condesa. Hace muchos días que no veo ese periódico.

Conde. Pues oid lo que sucedió: abiertos los debates en la Corte de Asises del Sena para juzgar á Langlade, éste se obstinó en no defenderse y en asegurar que él era el autor del crimen. Su defensor hizo prodigios de elocuencia, demostró que aquel hombre apetecía la muerte, y en un arranque de sublime peroración, le obligó á decir que él no era culpable. Un Jurado observó que en el mismo día de la muerte de Vidal había sido encontrado el cadáver de un amigo suyo en la Calle de la Paz.....

Condesa. De manera que hubo dos víctimas ese día. ¡Qué horror!

Conde. Como lo acabais de decir: yo, despojándome de mis atavíos de Conde y tomando el uniforme de la Policía, he establecido la identidad de los dos hombres muertos, por medio de sus retratos.

Condesa. Y luégo?

Conde. La Corte ha aplazado la decisión para otro día; Langlade ha rectificado los hechos; en consecuencia, el verdadero asesino de vuestro esposo está todavía cubierto con las sombras del misterio.

Condesa. Dios Santo! Si será verdaderamente él!

Conde. Os horripila esta idea?

Condesa. Sí, porque un hombre que ama, aunque no merezca amor, es siquiera digno de compasión.

Conde. (*Aparte*). Ya le ama!..... Mujeres!..... Mujeres!

vuestro sexo perdió al género humano desde el Paraíso terrenal!

(*A la Condesa*). Preparo una rara invención para desenmascarar á Savari; vos me ayudareis, no es verdad?

Condesa. Sí, y al mismo tiempo prepararé alguna trama por mi parte.

Conde. Muy bien, voy á mi asunto.

Condesa. Id, yo deseo la soledad. (*Se hacen un ademán recíproco de despedida y desaparece el Conde*).

ESCENA II.

CONDESA.

El lenguaje seductor de Savari, sus maneras cultas, la sinceridad de sus pensamientos, le abrían ya paso en este destrozado corazón, porque yo creía que ciertamente era Langlade el asesino de mi esposo; pero todo ha cambiado, vuelve la oscuridad, vuelve el vacío, y con ellos, oh Dios! la indecisión y el tormento de mi espíritu..... Langlade.....! Estefanía.....! Hé aquí dos seres que deben de tener en sus manos la clave de este pavoroso laberinto, puesto que la una ha denunciado y el otro ha confesado el crimen..... Algo deben de saber ellos (*Pausa*). Si fuera posible examinar por mí misma á Estefanía..... La haré venir á mi presencia. Somos mujeres y podremos entendernos..... Langlade no podrá salir de su prisión. (*Pausa*). ¿Qué inventará el Conde-Agente? ¿Hasta dónde llegarán las inventivas de su fecunda imaginación atizada por el deber y fortalecida por la ley?.... Vivert, si hubiera justicia en Francia para los heroicos esclavos de su consigna, vos deberíais llevar colgada en el pecho la cruz de la Legión de honor!..... Alberto Savari, si sois realmente el victimario de Vidal, ¿por qué os mostrais tan noble, tan sensible, tan levantado? Oh! no! Vos no sois ni podeis ser asesino.....!

ESCENA III.

LA CONDESA Y SAVARI.

Savari. (*Después de un momento de silencio*) Señora.....

Condesa. ¿Teneis alguna cosa que decirme?

Savari. Sí, sí, muchas cosas tengo que deciros.

Condesa. Os escucho, Caballero.

Savari. Caballero!..... Caballero!.....¿ Siempre me llamareis así; siempre se estrellará el torrente impetuoso de este corazón mio contra la roca inquebrantable de vuestra indiferencia?..... Cuánto tiempo hace que lucho, y todavía la fortuna me es adversa. Todavía manteneis mi suerte suspendida de un hilo sobre el abismo de la incertidumbre!

Condesa. ¿No es conveniente la palabra *caballero*, que he empleado? Perdonad, Señor, no estoy familiarizada con vuestra lengua.

Savari. (*Con despecho*) La palabra es aceptable, no hay nada de chocante en ella. (*Se sienta, y después de una breve pausa se levanta repentinamente*) Oh! Dispensad, Señora, estoy agitado, nervioso, inquieto; dispensad.

Condesa. Os dispenso; ¿pero quereis explicarme el motivo de vuestra agitación?

Savari. (Acercándose) ¿No me comprendéis?

Condesa. ¿Qué debo comprenderos?

Savari. (Con animación). ¿No comprendéis que no se puede vivir impunemente cerca á vos durante tanto tiempo; que es peligroso para la razón de un hombre el veros sin cesar, el oiros y el respirar el mismo aire que vos respiráis, estando pendiente de una respuesta de vuestros labios?

Condesa. Yo no puedo creer que me ameis.

Savari. Sí, os amo como no se ha amado nunca, como me creía incapaz de amar! Vos sois mi solo, mi primer amor! Si supieseis cuán verdaderas son mis palabras, cuán desgraciado soy cuando no os veo y cuán feliz al veros! Cuando os conocí, creí no haber encontrado jamás una mujer tan hermosa! Sí, no hay belleza que os iguale: reunís todos los encantos, todas las distinciones, todos los esplendores. Yo, que me juzgaba tan fuerte, tan invulnerable, muerto para todas las admiraciones, he comprendido por vos cuál es el imperio de vuestra belleza. He jurado huir de vos, no volver á veros; ah! no he podido. Mi amor me ha encadenado á vuestros piés. Sabía que aquí debía perder mi libertad y mi reposo.

Condesa. ¿Acaso he provocado vuestro amor?

Savari. No, siempre me habeis negado una contestación, y éso es lo que me ha perdido.... Si conociérais mi vida: qué facilidad en las relaciones! Qué de incruentas victorias! Con qué rapidez se cansa uno de esos lazos que ata el vulgo de los amores!.... Me habeis preguntado si este amor ha sido provocado por vos, y os he respondido que no. Me retracto: sí habeis provocado mi pasión, ó mejor dicho, jamás mujer alguna se ha mostrado más coqueta conmigo. ¿No estais convencida de que vuestro silencio obstinado y vuestra frialdad, son provocaciones? Yo quería luchar, yo quería vencer!.....Y quiero aún vencer. (Partiendo de improviso). Condesa hasta otro momento.

Condesa. Adiós.

ESCENA IV.

ES CONDE Y LA CONDESA.

Conde. Y bien, ¿ha resultado algo de esta entrevista?

Condesa. No.

Conde. ¿No habeis adelantado nada?

Condesa. No.

Conde. Entonces será necesario empezar de nuevo.

Condesa. No. (Pausa) ¿Sabeis que lo que hacemos es infame?

Conde. ¿Por qué?

Condesa. Porque él me ama y sufre.

Conde. Oh! Verdaderamente él os ama?

Condesa. Sí.

Conde. Y vos lo creéis?

Condesa. Lo creo.

Conde. ¿Y qué os importan sus sufrimientos?

Condesa. Yo no tengo el derecho de hacerle sufrir.

Conde. ¿Creeis verdaderamente que no teneis ese derecho sobre el asesino de vuestro esposo?

Condesa. Pero.....¿si él no es el asesino?

Conde. Lo dudais!

Condesa. Sí, dudo. Cuando él no está aquí, cuando estoy sola con mis pensamientos, me parece que es culpable y deseo vengarme; pero cuando está á mi lado, ya no lo creo, ya dudo, ya no quiero vengarme.

Conde. Es preciso salir de esta incertidumbre, ésto no puede durar.

Condesa. No, ésto no puede durar.

Conde. Julia, un día en 1492, vuestro inmortal compatriota Cristóbal Colón, pidió á sus tripulantes tres días más, de limosna, para descubrir la América; ¿quereis vos concederme el que practique una última prueba? Si resultare la inocencia, mi tarea habrá terminado, ya nada tendré qué hacer aquí; si al contrario, Savari es culpable, como yo lo creo aún, como estoy seguro de ello, oidlo bien, *seguro*, será preciso entonces que se declare.

Condesa. No basta el decir que es preciso que se declare. ¿Qué medios tenemos para obligarle á éso?

Conde. Yo los traigo conmigo. (*Saca del bolsillo un objeto.*) ¿Sabeis, señora, de qué arma se sirvió el asesino de vuestro marido?

Condesa. De un cuchillo ó de un puñal.

Conde. De un cuchillo en efecto, de un cuchillo que conocéis porque perteneció al Señor Vidal.

Condesa (*Sorprendida*) Y este cuchillo?

Conde. El escribano del Palacio de Justicia ha sido autorizado, á petición mía, para confiármelo.

Condesa. Y qué hareis con él?

Conde. Lo pondré en manos de Savari, y quizá á su vista se haga traición. ¿Vos no quereis asistir á esa prueba?

Condesa. Asistiré, yo deseo, yo quiero asistir; ese es mi deber.

Conde. Esta noche la haré.

Condesa. Me parece bien, y por mi parte creo indispensable el hablar con Estefanía Cornu. ¿La hareis venir?

Conde. Nada más fácil. Podemos, pues, contar con dos pruebas más.

Condesa. Con tres para que sean iguales en número á los días concedidos por la tripulación á mi compatriota en alta mar. La última me corresponde exclusivamente á mí. Solamente os exijo que, visible ó invisible, oigais las palabras que pronuncie Alberto Savari.

Conde. Parto á disponer vuestra entrevista con Estefanía.
Condesa. Buen viaje, señor Conde.

ESCENA V.

CONDESA Y MARIETTA.

Condesa. (*Tirando de la campanilla*). Marietta!

Marietta. (*Presentándose*). ¿Qué mandais, señora?

Condesa. Quiero que me hagais preparar un té suntuoso, cual corresponde á mi rango, y que adorneis este recinto con algunas flores, pues confío en la influencia de ellas para el objeto que me propongo.

Marietta. ¿Qué os proponeis, Julia?

Condesa. Hacer los últimos esfuerzos para descubrir al matador de Mauricio.

Marietta. Ah! Mauricio! Si él viviera, si áun pudiera amaros desde la tumba como os amó en el mundo!

Condesa. (*Ejugando sus lágrimas*). Callad, Marietta: el recuerdo de aquel amor bendito me contrista, y vuestras palabras avivan mi dolor.

Marietta. (*Llorando y abrazando á Julia*) Perdonad, señora! yo os amé feliz y os amo desgraciada. Incautamente he despertado en vuestra memoria tan caro cuanto aflictivo recuerdo.... Las flores que mandais traer me recuerdan aquellas que, frescas y lozanas, adornaban vuestro departamento el día que regresamos de Italia.... ¿Puedo yo saber lo que vais á hacer?

Condesa. Hoy será sometido Alberto Savari á dos pruebas decisivas sobre su inocencia ó culpabilidad. Sabed ésto solamente, y lo demás lo vereis después.... Debemos volver á Génova: allá encontraré un claustro que dé asilo á mi desgracia hasta que pueda unirme al espíritu de mi esposo.... Es preciso dejar á París; París me aterra.

Marietta. París es un infierno. ¿No habeis oido cuánto han combatido en estos tres días?

Condesa. Sí, he oido el rumor de las voces y el eco de los cañones, pero no he alcanzado á distinguir las palabras.

Marietta. Yo sí, al principio decian: "Viva la Reforma!" y ahora dicen: "Viva la República!" El ruido se ha acercado hoy bastante á nuestra calle, y desde esta mañana construyen en ella barricadas.

Condesa. ¿Cómo son las barricadas?

Marietta. (*Aproximándose á un balcón*). Venid á verlas; pero tened presente que estamos en un alto piso, no vayais á sufrir algún vértigo.

Condesa. (*Presentándose en el balcón*) Qué bella es la ciudad vista en conjunto! El sol declina majestuoso y solemne como un rey que desciende de su trono! Cuántas elegantes cúpulas, dedos del mundo que señalan el cielo. Dios mio! Vos sois más grande

que esta Métrópoli que llena el horizonte, porque á vuestra voz pudiera hundirse como Pompeya y Herculano.

Marietta. Ved allá las barricadas.

Condesa. ¿Aquellas fortificaciones?

Marietta. Sí.

Condesa. ¿Y qué es lo que hay sobre ellas?

Marietta. Unos cañones.

Condesa. ¿Y qué es eso que hormiguea dentro de los fuertes?

Marietta. El pueblo parisiense, que va á resistir á los veteranos del Rey.

Condesa. Aquí habrá un combate.

Marietta. A la hora menos pensada. (*Suena un estruendo lejano*). Ois? Combaten en otros lugares de la ciudad.

Condesa. Quitémonos, *Marietta*. Esto vá á ser horrible. ¿Por qué los pueblos y los reyes no podrán fraternizar?

Marietta. (*Cerrando el balcón*). Porque ambos son reyes: el uno puede tanto como el otro.

Condesa. Bien, *Marietta*; os ocupareis en preparar el té y en colocar las flores.

Marietta. Sí señora.

Condesa. No olvideis un poco de magnífico vino.

Marietta. Antes de partir, decidme: ¿verdaderamente amais á Alberto Savari?

Condesa. Estoy convencida de la sinceridad de su afecto, y veo que sufre. Francamente, yo deseo hallarle inocente.

Marietta. ¿Y si es culpable? Ese hombre es asesino, ese hombre miente. Julia, abrid los ojos.... ¿Preparo también vuestro saco de noche?

Condesa. Sí, como para partir inmediatamente. (*Sale Marietta*).

ESCENA VI

EL CONDE Y LA CONDESA

(*Durante esta escena, Marietta ilumina la sala, la adorna con flores y pone vino y copas sobre una mesa*).

Conde. (*Entrando*). Al fin llego. Peligrosa está la ciudad. Mi coche ha sido muchas veces detenido. El pueblo ha hecho una general sublevación, y se combate en todas direcciones. Pero, en fin, todo está arreglado.

Condesa. ¿Qué habeis hecho?

Conde. He preparado perfectamente el arribo de Estefanía Cornu. En breve estará aquí.

Condesa. ¿Y Savari?

Conde. A él no podrán detenerlo todos los ejércitos de Euro-

pa. Para el amor no hay obstáculos. Pronto le vereis aquí. Vamos á prepararnos. (*Colocando el cuchillo bajo la mesa*). Esto aquí

.... ¿Habeis mandado preparar un té?

Condesa. Sí; Marietta se ocupa en ello.

Conde. Vos adivináis mis pensamientos, y Marietta equivale á un agente de Policía.

Condesa. El golpe será certero, ¿no es verdad?

Conde. Sí; yo lo espero todo de mi proyecto y de los vuestros. Hoy terminaremos las investigaciones, y mañana estaré otra vez con el ropaje de la policía, en el lugar que la ley me señala.

Condesa. Y yo en viaje para Génova.... ¿No sería bueno que preparáseis un lugar aparente para escuchar, sin ser visto, mis últimas conferencias con Savari?

Conde. Ese lugar está ya determinado. Detrás de aquella vidriera he presenciado todos vuestros actos, pronto á entrar en caso necesario.

Condesa. Sois demasiado previsor.

ESCENA VII.

DICHOS Y SAVARI.

Savari. (*Entrando*). Señores Condes, mil perdones! Es probable que no me esperárais á esta hora, ó al menos tan tarde.

Condesa. Bien venido!

Conde. Es muy buena hora. Siempre tendremos mucho gusto en recibiros, y hoy nos hareis el honor de acompañarnos á tomar el té.....

Savari. Con mucho gusto. Es tan grato permanecer en este departamento, donde la primavera derrama sus galas. Qué bellas flores! (*Aparte*). Así estaba en aquel día funesto el gabinete de Mauricio. Espantosa ironía!

Condesa. Sentaos, señores. (*Se sientan todos en torno de una mesa*). Hay mucho ruido en París, ¿no es verdad?

Conde. Se cree que triunfará la República. ¿Vos sois republicano, señor Savari? (*Se sirve el té y toman vino*).

Savari. Yo no tomo parte en las cosas públicas. Para mí es igual una buena república á una buena monarquía, siempre que haya justicia.

Conde. A propósito de *justicia*, yo soy muy curioso y ardo en deseos de concurrir á alguna sesión de la Corte de Asises. No podéis figuraros cuán aficionado soy á esas cosas. He leído la mayor parte de las causas célebres de los diferentes pueblos y todas las Memorias que se han publicado sobre Policía..... Ah! La Policía, los procesos, los asesinatos, hé aquí mi fuerte. Por supuesto que no os digo nada nuevo: ¿no os he pedido todos los días, señor Savari, que me hagais visitar las cárceles de París y el Pala-

cio de Justicia?..... Desconfiando de vuestras promesas, esta mañana fuí solo á dar una vuelta por aquel lado.

Savari. ¿Por cuál lado?

Conde. Por la Conserjería, la Santa Capilla y el Palacio de Justicia.

Savari. ¿Y qué habeis visto?

Conde. Todo, absolutamente todo. Encontré un magnífico cicerone, he visto la sala de los *Pas-perdus*, la sala donde se celebran las sesiones de los Asises y la torre donde estuvo encerrada María Antonieta, y debo á mi conductor una famosa adquisición.

Savari. (*Encendiendo un cigarrillo*). ¿Una famosa adquisición?

Conde. Sí, muy famosa: recorriendo el Palacio de Justicia, hallé una puerta abierta y pregunté qué contenía aquella pieza. "Las piezas de convicción ó los diversos objetos que figuran en un proceso criminal, se me contestó: el arma de que se ha servido el acusado, el sombrero que ha perdido en la fuga, el pañuelo ensangrentado, algunas veces el vestido de la víctima, el reloj robado, &c." ¿Y qué se hace, repuse, con todo ésto cuando ha terminado el juicio? "Algunos objetos son devueltos á sus dueños y otros vendidos. Ahora cabalmente va ha hacerse esto último." Tengo verdadero deseo de ver eso, y yo compraría algo que hubiera pertenecido á un gran criminal, "Nada más fácil, sígame usted, caballero." Seguí á mi interlocutor, y un momento después fuí dueño de un objeto preciosísimo.

Savari. ¿Una alhaja robada?

Conde. Oh! mejor que éso.

Savari. ¿Alguna prenda perteneciente á algún desgraciado enviado al cadalso ó á presidio?

Conde. No, no: adoro las curiosidades, y quiero al mismo tiempo que poderme servir de ellas, si me conviene, que no tengan un aspecto deforme ó repugnante. Un inglés no es tan exigente: da un paquete de billetes de Banco por una punta de cigarro que haya estado en ilustres labios. Pero yo no soy inglés; yo sé juntar lo útil á lo agradable: *utile dulci*, como dice el poeta. Hé aquí mi compra. (*Saca el cuchillo y lo tiende á Savari. Reina un momento de silencio, durante el cual los Condes observan atentamente á Savari*).

Savari. (*Después de haber examinado el cuchillo*). No le aconsejaría á nadie que para defenderse usara de esta arma. Está en muy mal estado.

Conde. (*Aparte*) Esto desespera! el hombre es invulnerable!
(*A Savari*) ¿De modo que esta arma no puede servir para nada?

Savari. Así lo creo, la punta está embotada. Observadla.

Conde. (*Examinándola*) En efecto....Esto se explica fácilmente: esta punta al penetrar en el cuerpo de la víctima habrá encontrado alguna costilla.

Savari. ¿Pues qué, realmente han herido á alguien con esta arma?

Conde. Y el golpe ha sido mortal.

Savari. ¿Quién os ha dicho éso?

Conde. Pues mi cicerone, pardiez! ¿Creeis que yo compre objetos de esta naturaleza sin enterarme de su origen? Este cuchillo es histórico, y su historia la conozco al dedillo. Perteneció á un joven que murió asesinado en la Calle de la Paz, número 6, en el mes de Octubre último.... Ese joven se llamaba.... aguardaos.... voy acordarme en seguida....

Savari. (*Interrumpiendo*) Mauricio Vidal.

Conde. ¿Conoceis este asunto?

Savari. He estado directamente envuelto en él.

Conde. De qué manera?

Savari. Me acusaron de ser el asesino de Vidal. Por ésto, cuando me habeis hablado bruscamente de este crimen, mi emoción ha sido extrema. Mirad, no me he repuesto aún; debo de estar pálido como un muerto. He comparecido ante el Juez de Instrucción, he estado incomunicado, me han puesto esposas en las manos. (*A la Condesa*). Perdonad, señora, reconozco que ésto no es de buen tono en este momento y en vuestra presencia; pero cuando pienso en mis sufrimientos no soy dueño de mí mismo.

Condesa. ¿Querriais contarnos cómo salisteis de ese enredo?

Savari. Probando de la manera más clara que yo no podía ser el culpable.

Condesa. ¿Pero cómo se le ocurrió á un Magistrado sospechar de vos?

Savari. Únicamente porque yo había estado en frecuentes relaciones con Vidal dos días antes de su muerte.

Conde. Pero ésto es horrible. Si sucediera, por ejemplo, que os asesinaran ahora, sería de mí de quien sospecharían por haber estado en vuestra compañía. (*Reina silencio por un momento*).

Savari. (*Tomando el cuchillo*). Es, pues, con ésto con lo que os han muerto, Mauricio Vidal! No fuisteis mi amigo; yo había tenido con vos tristes discusiones sobre intereses! Vos, el hombre honrado por excelencia, el hombre llegado á una posición á fuerza de trabajo, de energía y de probidad; vos no habiais querido comprender ciertas dificultades materiales y morales que me impedían ser lo que vos fuisteis. Os mostrásteis conmigo severo, duro, injusto quizá.... Ah! No os guardo rencor, os compadezco y os lloro con toda mi alma. Erais joven, rico, fuerte, y ha bastado un segundo para arrebatáros todo ésto; ha bastado un golpe de esta arma, que ni siquiera parece tal!

Condesa. Ah! (*Prorrumpe ensollozos*).

Conde. (*Auxiliándola*). Nosotros tenemos la culpa: hemos estado demasiado dramáticos; desde que estamos aquí, no hemos hablado sino de muertos. Julia, estais nerviosa..... Vámos, lo mejor que podemos hacer ahora es separarnos y prometernos mutuamente estar alegres en adelante.

Condesa. (*Aparte*). Es inocente!

Conde. Yo os dejo porque quiero salir para saber las novedades de la ciudad. (*Va á colocarse detrás de una vidriera.*)

ESCENA VII.

DICHOS MENOS EL CONDE.

Savari. Yo no vivo más que para vos, sin vos me mataría. . . . Soy un sér inútil, vicioso, corrompido, me causo horror á mí mismo. . . . Tened piedad de mí. Vos podeis regenerarme, una mirada vuestra me haría mejor; una palabra de benevolencia, una sonrisa, una frase de animación, y yo adquiriré todas las virtudes que no tengo. . . . Estoy muy pálido, ¿no es verdad? Debe daros lástima. . . . Pero no me escuchais, estais distraida mientras mi dolor estalla, mientras os abro por entero mi corazón. Oidme, Señora, por piedad oidme. . . . Qué interés puedo yo tener en engañaros? Os juro que es verdad, yo sufro mucho, y un hombre que sufre merece compasión. (*Pausa*) Si habiais resuelto el mantenerme en eterno martirio, por qué me hicisteis una buena acogida? No notabais que poco á poco yo me enamoraba? No leiais en mis ojos que os amaba como un loco? Ah! Una mujer no se engaña jamás en estas cosas, no tiene necesidad de que se arrodillen á sus piés y le digan: *yo os amo*, para sentirse amada. . . . Sabiais que mi corazón no me pertenecía; yo os lo había dado tácitamente y vos lo habiais aceptado. No protesteis, lo habeis aceptado, lo repito, y no teniais, el derecho de martirizarme por capricho. ¿Qué mal os he hecho? (*Julia retrocede y le arroja una mirada penetrante*). ¿Qué falta he cometido? Ninguna. Me es, pues, permitido deciros que habeis faltado antes conmigo, ó que faltais ahora.

Condesa. (*Sorprendida*) Que he faltado?

Savari. (*Variando el tono*) Tened piedad de mí, tratadme como á un enfermo ó como á un convaleciente, y yo recobraré la salud.

Condesa. Basta, Alberto. . . . terminemos: yo os amo. Con vuestro gran talento debiais haberlo comprendido tiempo há; pero mi amor os es completamente inútil: yo partiré mañana para Italia.

Savari. Felicidad! Por fin sonries; lluvia santa del cielo, fresca como una mañana de estío, por fin me bañas con tus purísimas y perfumadas gotas. ¡Gran Dios, yo creo en vos! Pero ¿por qué vais á partir? Os asusta la revolución y quereis huir de París?

Condesa. Precisamente: no quiero estar expuesta por más tiempo á todos los peligros que se presentan aquí.

Savari. Partamos, Condesa, partamos; yo os acompañaré.

Condesa. Vos me seguireis?

Savari. Cómo! ¿Y me lo preguntais?

Condesa. Debo hablaros seriamente.

Savari. Os escucho.

Condesa. Os he torturado en extremo, he lastimado vuestra sensibilidad, he sido cruel. Es esta una falta que lloro en mi corazón: ¿la olvidareis?

Savari. Sí, mil veces sí. Sabed que mi existencia os pertenece.

Condesa. No lo dudo.

Savari. Olvidadlo todo, creed y esperad! Hablais de marchar á Italia, tanto mejor, yo lo deseaba. Allá, en aquel magnífico país, bajo su espléndido cielo, junto á vos, me completaré, adquiriré las cualidades que me faltan y borraré mis errores.

Condesa. Y yo estaré orgullosa de vos.

Savari. A dónde iremos, á Génova?

Condesa. Sí, ó á Nápoles.

Savari. Cómo me presentareis, como un amigo?

Condesa. Eso es lo difícil.....

Savari. Consentis en ser mi esposa?

Condesa. Ciertamente: podeis casaros conmigo sin temor alguno.....

Savari. Ah! Quién pudiera decir lo mismo! (*En este momento se oye ruido popular en la calle, y el pueblo canta la Marsellesa. Pausa inter esto sucede*). Un secreto me oprime. Quereis que os lo confie?

Condesa. Sin duda.

Savari. Es un remordimiento terrible, que amarga mi vida.

Condesa. (*Con asombro*). Un remordimiento!

Savari. Oid: si os dijeran de improviso que el hombre á quien amais, aquél á quien entregais vuestro porvenir y del cual consentis en llevar el nombre, ha sido culpable de una mala acción, ha cometido un crimen quizá!.....

Condesa. Ay! No lo creería.

Savari. ¿Y si fuera cierto, si en un momento de cólera, de locura, se hubiera atrevido á herir á un hombre, y si por una fatalidad ese hombre hubiera muerto?

Condesa. Callad! callad!

Savari. No, he comenzado y debo concluir. Este secreto me ahoga! Es necesario que me condeneis ó me absolvais! Oid, aprended á conocerme: tranquilo y apacible de ordinario, tengo momentos en que soy colérico hasta tal punto que me desconozco.... Algunas veces ciertos vinos me hacen perder la cabeza. Sufria en cierta ocasión, para aturdirme bebí más de lo acostumbrado. En seguida fui á casa de un joven con quien habia tenido ya serios altercados por intereses. Le debia una suma considerable, no podia pagársela y quería prevenirle. Le encontré solo. Me acogió duramente. Le expliqué mi penosa situación, le rogué que no me persiguiera, y él llegó á contestarme: "Yo tendré el derecho de decir en todas partes que sois un ladrón." Me precipité sobre él y me dió una bofetada. Entónces, loco de cólera, le

herí. En aquel momento, como ahora, las flores derramaban gratísimos perfumes y el pueblo cantaba la marsellesa.... Me prendieron: quise al principio confesar la verdad, ningún jurado me habria condenado, yo era un desgraciado, pero no un criminal. Tuve el recuerdo de unos pagarés que él me habia devuelto y que harian sospechar que lo habia asesinado por librarme de mi deuda. Entonces resolví defenderme, y dediqué toda mi inteligencia á engañar á la justicia y salvar mi cabeza.... Ah!, me decia yo, si la vida se convirtiere para mí en una carga, si el recuerdo de mi crimen fuere odioso y me hiciere insoportable la existencia, tendré siempre tiempo de matarme, escogeré el género de muerte, y sin que caiga mi cabeza en el cadalso, yo mismo me haré justicia.... Creyeron en mi inocencia, me devolvieron la libertad, y en el momento en que, desesperado, iba quizá á atentar contra mi vida, me así de ella con todas mis fuerzas..... porque os encontré y os amo! La sombra de Mauricio Vidal ya no me persigue. (*Durante esta narracion, Julia, oculto el rostro entre sus manos, permanece en silencio*). Hé aquí al hombre que ha burlado á la justicia de Francia y á la policía de París, rendido ante una débil mujer. Hablad ahora, Condesa, ¿quereis absolverme?....

Condesa. (*Alzando la cabeza con ademán solemne*). Yo soy la viuda de Mauricio Vidal!

ESCENA IX.

DICHOS Y VIBERT.

Vibert. (*Saliendo de improviso*). Y yo soy un agente de la Policía de París, encargado de descubrir el asesino de la Calle de la Paz, que ha presenciado y oido vuestra espontánea confesión. En nombre del Rey ó de la República, pues que la justicia es invariable, os intimo prisión. (*Mientras habla así, descubre las insignias de la policía*).

Savari. ¿Sois entonces un falso Conde de Rubini?

Vibert. Soy Vibert, el incansable Vibert, del Departamento de las Tullerías, y hace tres meses que sigo vuestros pasos.

Savari. Ah! estoy perdido!

(*Huye precipitadamente y Vibert le sigue. Se oye inmediatamente fuego en la calle*).

ESCENA X.

JULIA Y ESTEFANÍA.

Estefanía. (*Entrando muy agitada*). Señora Condesa, soy muy feliz en saludaros; pero con cuánta dificultad he podido llegar hasta aquí.

Julia. (*Levantando la cabeza que habia mantenido apoyada en las manos*) Señora Estefanía..... Yo os he hecho llamar; pero ya es inútil; sentaos no obstante.

Estefanía. Os hallo conmovida, señora, inmutada, pálida; no sois la misma hermosa dama que conocí en casa de Pelagia d' Ermont. ¿Qué sucede?

Julia. Los acontecimientos.....

Estefanía. Sí, París arde por todos los puntos cardinales; regimientos enteros formados en orden de batalla desfilan por los boulevares, fuertes patrullas circulan por las calles, la artillería, precipitadamente llamada de Vincennes, está en los muelles y cerca á las puertas de San Denis y San Martín. En algunas partes la tropa de línea fraterniza con el pueblo; en otras las guardias nacionales intentan interponerse entre los municipales y el motín; los pilluelos recorren la ciudad gritando: "Viva la Reforma!" Y por encima de estos rumores, de estos gritos, de estas detonaciones, resuena el lúgubre somatén de mil torres. Ahora mismo tiran de las barricadas de esta calle..... Quién sabe qué suerte corra el rey Luis Felipe.

ESCENA XI.

DICHOS Y LANGLADE.

(*El fuego, el somatén y el ruido de las calles serán tan sonoros cuanto sea compatible con la voz de los interlocutores.*)

Langlade. (Espantosamente conmovido y con traje de presidiario). Estefanía Cornu ó Sol Poniente, mil veces traidora mujer, vuelvo á encontraros en el camino de la vida!.... La revolución del pueblo, que un día quebrantó las cerraduras de la Bastilla, acaba de romper los hierros con que vos me habiais hecho aprisionar. El pueblo es un instrumento de la Providencia, y su cólera se parece á la tempestad de Dios.....! Reid ahora, gozad ahora en aniquilar este corazón que habeis pervertido. (Con delirio) Mirad, estamos en la Corte de Asises y vos estais delatándome ante ella..... He seguido el surco de las ruedas de vuestro coche.....y os encuentro..... Venid conmigo. (La separa por fuerza. Se oye afuera un grito de dolor lanzado por Estefanía y el ruido de su caída).

ESCENA XII.

JULIA MARIETTA Y LUEGO VIBERT Y SAVARI.

Julia. Me asesinan. Socorro! Me asesinan! (Cae desmayada en brazos de Marietta que acude).

Vibert. (Trayendo moribundo á Savari). Reclinaos aquí, señor, cuando yo os intimé prisión, no creí que huyeseis precipitadamente y menos que los fuegos de las barricadas os causaran esa herida. (Señalando hácia afuera). ¿Quién ha dado muerte á estos seres? ¿Qué ha sucedido aquí? (A Julia) Julia, qué ha sucedido?

Marietta. Langlade separó á Estefanía y la mató, y luégo se mató á sí mismo.

Vibert. Ya comprendo: Langlade se ha evadido de su prisión, y ha buscado dos cosas: venganza y muerte. Todo lo ha conseguido. (*Julia vuelve en sí*).

ESCENA FINAL.

DICHOS, GOURBET Y GENDARMES.

Gourbet. (*Bastante agitado.*) Vibert, Héctor Langlade acaba de fugarse de la Conserjería. Hemos advertido la fuga, y hémos aquí siguiéndole la pista. Por aquí ha entrado.

Vibert. Vedle allá. (*Señala hácia afuera*).

Gourbet. Muerto!

Vibert. Sí, después de haber matado á Estefanía Cornu, se ha suicidado.

Gourbet. Y Alberto Savari?

Savari. Yo no he muerto; pero voy á morir, y quiero antes de éso declarar en vuestra presencia lo que ha sucedido. Yo fuí quien dió muerte á Mauricio Vidal, y acabo de confesar este hecho á su viuda. Huyendo en seguida, las balas de las barricadas me han herido. (*Con voz desfalleciente*). Julia.... perdonad.... al asesino.... de vuestro esposo! (*Queda muerto*).

Gourbet. Justicia de Dios!

Vibert. (*Señalando á Julia*). Solamente la inocencia y la virtud permanecen ilesas!

Gourbet. (*A Vibert*). El Jefe del Departamento de las Tullerías cuelga en vuestro pecho esta cruz de la Legión de Honor, como recompensa á vuestra constancia y lealtad. (*Quita de su pecho dicha cruz y la pone á Vibert*). Voy á solicitar del Ministerio la confirmación de esta providencia.

Julia. Alberto Savari de Montbrisé! En el corazón de una genovesa que cree en Dios, hay siempre un sentimiento de conmiseración por la desgracia. En nombre de la memoria de mi esposo y de las cenizas benditas de mi madre, yo os perdono; que es ésta la dulce venganza del cristiano! (*Enjuga sus lágrimas*).

FIN DEL DRAMA.

ERRATAS NOTABLES.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
13	19	sugeto.	sujeto.
14	10	p. d.	e. p. d.
15	11	25 luises.	20 luises.
16	18	Imperio.	Imperio. (<i>Du- rante esta esce- na el Portero co- loca flores y es- parce !perfumes. Óyese afuera el canto de la mar- sellesa.</i>)
18	6	venid	ven
30	12	convencimiento	vencimiento
35	50	diamantes	diamantes,
41	4	usted lo consiente	vos lo consentís
45	14	Julia.	Condesa.
48	8	Diligente	Inteligente
72	36	Julia Marietta	Julia, Marietta.